11429

Un drama nuevo

19

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 50 —Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 148 á 150)

FIN DE LA OBRA

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

UN DRAMA NUEVO,

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ (pseud.)

Tamayo y Baus

SEXTA EDICION.

CENTRO GENERAL DE SUSCRICIONES
DE
JOSÉ SALAS
LORCA

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
YORICK	Don Victorino Tamayo y Baus.
ALICIA	Doña Teodora Lamadrid.
EDMUNDO	Don Ricardo Morales.
WALTON	Don Francisco Oltra.
SHAKSPEARE	Don Juan Casañer.
EL AUTOR	Don Emilio Mario.
EL TRASPUNTE	Don José Alisedo.
EL APUNTADOR	»

Inglaterra.—1505.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON VICTORINO TAMAYO Y BAUS,

por quien el público de Madrid es amigo de Yorick,

Joaquin Estébanez.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/undramanuevodram537tama

ACTO PRIMERO.

Habitacion en casa de Yorick: á la derecha, una mesa pequeña: á la izquierda, un escaño: puertas laterales y otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

YORICK y SHAKSPEARE.

Entran ambos por la puerta del foro: Shakspeare trae un manuscrito en la mano.

SHAKSP. Y sepamos ¿á qué es traerme ahora á tu casa?

YORICK. ¿Duélete quizá de entrar en ella?

SHAKSP. Pregunta excusada, que bien sabes que no.

YORICK. Pues ¿qué prisa tienes?

SHAKSP. Aguárdanme en casa muchos altísimos personajes, que por el solo gusto de verme, vienen desde el otro á este mundo.

YORICK. Sabré yo desenojar á tus huéspedes con unas cuantas botellas de vino de España, que hoy mismo he de enviarles. Diz que este vinillo resucita á los muertos, y sería de ver que los monarcas de Inglaterra, congregados en tu aposento, resucitasen á la vez y armaran

677086

contienda sobre cuál había de volver á sentarse en el trono. Pero ¿qué más resucitados que ya lo han sido por tu pluma?

SHAKSP. En fin ¿qué me quieres?

YORICK. ¡Qué he de querer sino ufanarme con la dicha de ver en mi casa y en mis brazos al poeta insigne, al gran Shakspeare, orgullo y pasmo de Inglaterra? (Echándole los brazos al cuello.)

SHAKSP. Quédese adios el nunca bien alabado cómico, el festivo Yorick, gloria y regocijo de la escena, que no es bien malgastar el tiempo en mimos y lagoterías.

YORICK. Si no te has de ir.

SHAKSP. Entónces—¿qué remedio?—me quedaré.

YORICH. Siéntate.

SHAKSP. Hecho está: mira si mandas otra cosa. (Siéntase cerca de la mesa y pone sobre ella el manuscrito.)

YORICK. Francamente: ¿qué te ha parecido este drama que acabamos de oir? (Siéntase al otro lado de la mesa, y miéntras habla, hojea el manuscrito.)

SHAKSP. Á fé que me ha contentado mucho.

YORICK. Y ¿es la primera obra de ese mozo?

SHAKSP. La primera es.

YORICK. Téngola yo tambien por cosa excelente, aunque algunos defectillos le noto.

SHAKSP. Los envidiosos contarán los defectos: miremos nosotros únicamente las bellezas.

YORICK. Á tí sí que nunca te escoció la envidia en el pecho. Cierto que cuando nada se tiene que envidiar...

SHAKSP. Temoso estás hoy con tus alabanzas; y, en eso que dices, te equivocas. Nunca faltará qué envidiar al que sea envidioso. Pone la envidia delante de los ojos antiparras maravillosas, con las cuales á un tiempo lo vé uno todo feo y pequeño en sí, y en lo demas todo grande y hermoso. Así advertirás que los míseros que llevan tales antiparras, no sólo envidian á quien vale más, sino tambien á quien vale ménos, y juntamente los bienes y los males. Sé yo de cierto caballero, que

no hallando nada que envidiar en un vecino suyo muy desastrado, fué y ¿qué hizo?: envidiarle lo único que el infeliz tenía para llamar la atencion, y era una gran joroba que le abrumaba las espaldas.

YORICK. Algo debería yo saber en materia de envidias, que buen plantío de ellas es un teatro. ¿Viste jamás cuadrilla de mayores bribones que una de comediantes?

SHAKSP. Mejorando lo presente, has de añadir.

YORICK. Entren todos, y salga el que pueda. ¡Qué murmurar unos de otros: qué ambicionar estos y aquellos ántes el ajeno daño que la propia satisfaccion: qué juzgarse cada cual único y solo en el imperio de la escena!

SHAKSP. Engendra ruindades la emulacion; mas por ella vence el hombre imposibles. Déjala revolcarse en el fango, que alguna vez se levantará hasta las nubes.

YORICK. Dígote que hiciste muy bien en deponer el cetro de actor, quedándote nada más con el de poeta.

SHAKSP. Hemos de convenir, sin embargo, en que la regla que has establecido, no deja de tener excepciones.

YORICK. Tiénelas á no dudar; y mi mujer y Edmundo son buena prueba de ello. Bendito Dios que me ha concedido la ventura de ver recompensadas en vida mis buenas acciones. Porque fuí generoso y caritativo, logré en Alicia una esposa angelical, y en Edmundo un amigo—¿qué amigo?—un hijo lleno de nobles cualidades. ¡Y qué talento el de uno y otra! ¡Cómo representan los dos el Romeo y Julieta! Divinos son estos dos héroes á que dió ser su fantasía: más divinos aún cuando Alicia y Edmundo les prestan humana forma y alma verdadera. ¡Qué ademanes, qué miradas, qué modo de expresar el amor! Vamos, aquello es la misma verdad!

SHAKSP. (Desdichado Yorick!) ¿Puedo ya retirarme?

YORICK. Pero si ántes quisiera yo decir una cosa al director de mi teatro, al laureado vate, al...

SHAKSP. Por san Jorge que ya tantos arrumacos me empalagan, y que anduve torpe en no adivinar que algo

quieres pedirme, y tratas de pagarme por adelantado el favor.

YORICK. Cierto es que un favor deseo pedirte.

SHAKSP. Dí cuál.

YORICK. Eso quiero yo hacer, pero no sé cómo.

SHAKSP. Eh! habla sin rodeos.

YORICK. Manifiéstame con toda lisura tu opinion acerca de mi mérito de comediante.

SHAKSP. Pues á fé que la ignoras. No hay para tristes y aburridos medicina tan eficaz como tu presencia en las tablas.

YORICK. Y ¿crees que sirvo únicamente para hacer reir?

SHAKSP. Creo que basta con eso para tu gloria.

YORICK. ¿Cuándo se representará este drama?

SHAKSP. Sin tardanza ninguna.

YORICK. Y ¿á quien piensas dar el papel de conde Octavio?

SHAKSP. Gran papel es, y trágico por excelencia. Á Walton se lo daré, que en este género sobresale.

YORICK. ¡Pues ya me lo sabía yo! Un papel bueno ¿para quién había de ser más que para Walton? ¡Qué dicha tienen los bribones!

SHAKSP. Piérdese el fruto, si cuando empieza á sazonar, una escarcha le hiela: piérdese el corazon, si cuando está abriéndose á la vida, le hiela el desengaño. Walton fué muy desdichado en su juventud: merece disculpa. Adios, por tercera y última vez. (Levantándose.)

YORICK. Si aún no he dicho... (Levantándose tambien.)

SHAKSP. Pues dí, y acaba.

YORICK. Allá voy! Quisiera... Pero luégo no has de burlarte ni...

SHAKSP. Por Dios vivo que hables, y más no me apures la paciencia.

YORICK. Quisiera...

SHAKSP. ¿Qué? Dílo, ó desaparezco por tramoya.

YORICK. Quisiera hacer ese papel.

SHAKSP. ¿Qué papel?

YORICK. El del drama nuevo.

SHAKSP. Pero ¿cuál?

YORIKK. ¿Cuál sino el del conde Octavio?

SHAKSP. ¿El del marido?

YORICK. Ese.

SHAKSP. ¿Tú?

YORICK. Yo.

SHAKSP. ¡Jesús! Ponte en cura, Yorick, que estás enfermo de peligro.

YORICK. No de otro modo discurren los necios. Necio yo si conociendo sólo tus obras trágicas, te hubiese tenido por incapaz de hacer comedias amenas y festivas. Porque hasta hoy no interpreté más que burlas y fiestas ¿se me ha de condenar á no salir jamás del del camino trillado?

SHAKSP. Y ¿á qué dejarle por la cumbre desconocida? Quisiste hasta hoy hacer reir, y rióse el público. ¡Ay si un dia te propones hacerle llorar, y el público da tambien en reirse!

YORICK. ¡Ingrato! ¡Negar tan sencillo favor á quien fué siempre tu amigo más leal; á quien siempre te quiso como á las niñas de sus ojos! Pues corriente: haga otro el papel de conde; pero ni ya somos amigos, ni el año que viene estaré en la compañía de tu teatro. Y conmigo me llevaré á mi Alicia... y á Edmundo igualmente. Veremos cuál de ambos pierde más. (Muy conmovido.)

SHAKSP. ¡Qué enhilamiento de palabras!

YORICK. No, no creas que ahora encajaría bien aquello de: «Palabras, palabras, palabras:» que dice Hamlet.

SHAKSP. ¡Esto de que en el mundo no ha de estar nadie contento de su suerte!...

YORICK. Sí, que es divertido el oficio de divertir á los demas.

SHAKSP. ¿Hablaste formalmente? ¿Capaz serías de abandonarme?

YORICK. ¡Abandonarte! ¡Eso dije, y tú no lo crees? (Llorando.) Vaya, hombre, vaya, del mal el ménos. No faltaba más sino que desconfiando de mi talento, desconfiaoses tambien de mi corazon. No, no te abandonaré. Yo-

rick podrá no saber fingir que siente, pero sabe sentir... Tú le ofendes... le humillas... y él... míralo... te alarga los brazos.

SHAKSP. ¡Vive Cristo! ¿Lloras?

YORICK. Lloro porque no parece sino que el infierno se empeña en que yo no cumpla mi gusto; porque no es sólo Walton quien me tiene por grosero bufon, capaz únicamente de hacer prorumpir á los necios en estúpidas carcajadas: porque veo que tambien tú... Y eso es lo que más me duele... Que tú... Válgame Dios, ¡qué desgracia la mia!

SHAKSP. Eh, Hévete el diablo. ¿El papel del marido quieres? Pues tuyo es, y mal provecho te haga.

YORICK. ¿De veras? Lo dices de veras? (Dejando de pronto de llorar y con mucha alegría.)

SHAKSP. Sí; sacia ese maldito empeño, de que mil veces procuré en vano disuadirte. (Andando por el escenario. Yorick le sigue.)

YORICK. ¿Y si represento á maravilla el papel?

SHAKSP. ¿Y si la noche del estreno á silbos te matan?

YORICK. Á un gustazo un trancazo.

SHAKSP. Y ¡qué bueno lo merecías!

YORICK. Caramba, que en metiéndosete algo entre ceja y ceja...

SHAKSP. No, que tú no eres porfiado.

YORICK. Hombre, me alegraría de hacerlo bien, no más que por darte en la cabeza.

SHAKSP. Yo por excusar el darte en la tuya.

YORICK. Anda á paseo.

SHAKSP. No apetezco otra cosa. (Tomando el sombrero y dirigiéndose hacia el foro.)

YORICK. Es que me has de repasar el papel. (Con tono cómica amenaza, deteniéndole.)

SHAKSP. Pues ¿quién lo dudá? (Con soflama.)

YORICK. Con empeño, con mucho empeño.

SHAKSP. ¡Vaya! ¡Pues no que no!

YORICK. La verdad, Guillermo; si en este papel logro que me

aplaudan... (Con formalidad.)

SHAKSP. ¿Qué?

YORICK. Que será muy grande mi gozo.

SHAKSP. La verdad, Yorick; el mío no será ménos grande. (Con sinceridad y ternura, dando la mano á Yorik. Éste se la estrecha conmovido y luego le abraza. Shakspeare se va por el foro.)

ESCENA II.

YORICK.

«Es tan fácil hacer reir,» me decían Walton y otros camaradas anoche. Verán muy pronto que tambien sé yo hacer llorar, si hay para ello ocasion: lo verán y rabiarán cuando, como ántes alegría, infundiendo ahora lástima y terror en el público, logre sus vítores y aplausos. (Toma de encima de la mesa el manuscrito.) Hay, sin embargo, que andarse con tiento, porque el dichoso papel de conde Octavio es dificililo, y al más leve tropiezo, pudiera uno caer y estrellarse.

Tiemble la esposa infiel, tiemble...

(Leyendo en el manuscrito.) Aquí entra lo bueno. Un señor Rodolfo ó Pandolfo...—Landolfo, Landolfo se llama.—(Encontrando este nombre en el manuscrito.) pícaro redomado y familiar del conde, entrégale una carta, por la cual cerciórase éste de que Manfredo, con quien hace veces de padre, es el amante de su mujer, la encantodora Beatriz. Recelaba él de todo bicho viviente, excepto de este caballerito; y cuando al fin cae de su burro, quédase el pobre—claro está,—con tanta boca abierta, y como si el mundo se le viniese encima.

Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebata!

Fué vana tu cautela;
y aquí la prenda de tu culpa mira.
Abre la carta.
La sangre se me hiela.
Sin atreverse á mirar la carta.
¡Arda de nuevo en ira!
¡Ay del vil por quien ciega me envileces.
¡Oh! ¡Qué miro! ¡Jesus, Jesus mil veces!
Fija la vista en la carta, da un grito horrible y cae en un sitial, como herido del rayo. (Desde «tiemble la esposa infiel,» hasta aquí, leyendo en el manuscrito: las acotaciones con distinta entonacion que los versos.) Ea, vamos á ver qué tal me sale este grito. (Toma una actitud afectadamente trágica; dobla el manuscrito como para que haga veces de carta, y declama torpemente con ridículas entonaciones.)
¡Ay del vil por quien ciega me envileces...
¡Oh! ¡Qué miro...
(Dando un grito muy desentonado.) No... Lo que es ahora no lo hago muy bien. ¡Oh! (Dando el grito peor que ántes.) Mal, muy mal: así grita uno cuando le dan un pisoton. ¡Oh! (Gritando otra vez.) Este no es grito de persona, sino graznido de pajarraco. Báh! luego con el calor de la situacion... Á ver aquí...
¿Con que eres tú el villano...
Muy flojo.
¿Con que eres tú el villano...
Muy fuerte.
¿Con que eres tú el villano...
Villano yo, necio yo, que á mi edad me empeño en ir contra naturales inclinaciones y costumbres envejecidas. Y quizá no sea mia toda la culpa... Alguna tendrá acaso el autor... Suelen escribir los poetas unos desatinos...
¿Con que eres tú el villano...
¡Cómo diablos se ha de decir esto bien! Pues si el anuncio de Guillermo se cumple... Si me dan una

UN DRAMA NUEVO,

DRAMA

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID,
Á 4 DE MAYO DE 1867.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 29 *de Abril de* 1867.

El censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

silba... No lo quiero pensar. De coraje y vergüenza creo que había de morirme. Allá veremos lo que pasa. ¡Fuera miedo! ¡Adelante! (Pausa durante la cual lee en voz baja en el manuscrito, haciendo gestos y contorsiones.) Ahora sí que me voy gustando. Lo que es en voz baja, suena muy bien todo lo que digo. ¡Si he de salirme con la mia!... ¡Si lo he de hacer á pedir de boca!... ¡Ah! ¿eres tú? Ven acá, Edmundo, ven. (Á Edmundo que aparece en la puerta del foro.) ¿No sabes?...

ESCENA III.

YORIBK y EDMUNDO.

EDMUNDO. ¿Qué? (Como asustado.)

YORICK. Que en esta obra que estás viendo, tengo un excelente papel.

(Tiemble la ingrata!)

EDMUNDO. Con el alma lo celebro, señor.

YORICK. Tiempo há que en vez de padre me llamas señor, y en vano ha sido reprendértelo.

(Tiemble la esposa infiel...)

¿Acaso te dí impensadamente motivo para que tan dulce nombre me niegues?

EDMUNDO. Yo soy el indigno de pronunciarlo.

YORICK. ¿Á qué viene ahora eso? Ay Edmundo; me vas perdiendo el cariño.

EDMUNDO. ¿Qué os induce á creerlo?

YORICK. Fueras ménos reservado conmigo, si cual ántes me amaras.

EDMUNDO. Y ¿en qué soy yo reservado con vos?

YORICK. En no decirme la causa de tu tristeza.

EDMUNDO. ¿Yo triste?

YORICK. Triste y lleno de inquietud. ¿Qué vá á que estás enamorado?

EDMUNDO. ¿Enamorado? ¡Yo!... Suponeis?...

YORICK. No parece sino que te he imputado un crímen. (Sonriendo.) ¡Ah! (Con repentina seriedad.) Crímen puede ser el amor. ¿Amas á una mujer casada? (Asiéndole una mano.)

EDMUNDO. ¡Oh! (Inmutándose.)

YORICK. Te has puesto pálido... Tu mano tiembla...

EDMUNDO. Sí... con efecto... Y es que me estais mirando de un modo...

YORICK. Enfermilla debe de andar nuestra conciencia, cuando una mirada nos asusta. Piénsalo bien: no causa á un hombre tanto daño quien le roba la hacienda, como quien le roba el honor: quien le hiere en el cuerpo, como quien le hiere en el alma. Edmundo, no hagas eso... ¡Ay, hijo mio, no lo hagas, por Dios!

EDMUNDO. Vuestro recelo no tiene fundamento ninguno. Os lo afirmo.

YORICK. Te creo: no puedes tú engañarme. En esta comedia, sin ir más lejos, píntanse los grandes infortunios á que da orígen la falta de una esposa. Y mira: ni aun siendo de mentirijillas, me divierte que Alicia tenga que hacer de esposa culpada, y tú de aleve seductor.

EDMUNDO. ¿Sí? (Procurando disimular.)

YORICK. ¡Yo seré el esposo ultrajado! (Con énfasis cómico.)

EDMUNDO. ¡Vos! (Dejándose llevar de su emocion.)

YORICK. Yo, sí... ¿Qué te sorprende? ¿Eres tambien tú de los que me juzgan incapaz de representar papeles serios?

EDMUNDO. No, señor, no... sino que...

YORICK. Cierto que habré de pelear con no pequeñas dificultades. Y ahora que en ello caigo: ningun otro papel ménos que el de marido celoso me cuadraría; porque á estas fechas áun no sé yo qué especie de animalitos son los celos. Obligado á trabajar continuamente desde la infancia, y enamorado despues de la gloria, tan sólo en ella tuvo señora mi albedrío, hasta que por caso peregrino y feliz, cuando blanqueaba ya mi cabeza, mostró que áun era jóven mi pecho, rindien-

do á la mujer culto de abrasadoras llamas. Y Alicia —bien lo sabes tú—ni me causó celos hasta ahora, ni me los ha de causar en toda la vida. No es posible desconfiar de tan hidalga criatura. ¿Verdad que no?

EDMUNDO. No señor; no es posible...

YORICK. Fríamente lo has dicho. Oye, Edmundo. Hice mal en callarte lo que há tiempo noté.

EDMUNDO. ¿Algo habeis notado! ¿Qué ha sido?

YORICK. Que Alicia no te debe el menor afecto: que tal vez la miras con aversion.

EDMUNDO. ¿Eso habeis notado?... ¡Qué idea!... (Muy turbado.)

YORICK. Y el motivo no se oculta á mis ojos. Reinabas sólo en mi corazon ántes de que Alicia fuera mi esposa, y te enoja ahora hallarte en él acompañado. ¡Egoista! Prométeme hacer hoy mismo las paces con ella. Y de aquí en adelante, Alicia á secas la has de llamar. Y aun sería mejor que la llamases madre; y si madre no, porque su edad no lo consiente, llámala hermana, que hermanos debeis ser, teniendo los dos un mismo padre. (Abrazándole.)

EDMUNDO. (¡Qué suplicio!)

YORICK. ¿Lloras? Ea, ea, no llores... no llores, si no quieres que tambien yo... (Limpiándole las lágrimas con las manos.) Y ¿sabes lo que pienso? Que si los celos de hijo son tan vivos en tí, los de amante deben ser cosa muy terrible. Diz que no hay pasion más poderosa que esta de los celos; que por entero domina el alma; que hace olvidarlo todo.

EDMUNDO. ¡Todo! Sí, señor, ¡todo!

YORICK. ¿Con que tú has estado celoso de una mujer? ¡Qué gusto! Así podrás estudiarme el papel de marido celoso, explicándome cómo en el pecho nace y se desarrolla ese afecto desconocido para mí, qué linaje de tormentos ocasiona, por qué signos exteriores se deja ver, todo aquello, en fin, que le corresponde y atañe. Empieza ahora por leerme esta escena. (Dándole el manuscrito abierto.) Desde aquí. (Señalando un lugar en el

manuscrito.) Anda.

EDMUNDO. ¿Conque eres tú el villano...

YORICK. Eso te lo digo yo á tí. (Edmundo se inmuta, y sigue leyendo torpe y desmayadamente.)

EDMUNDO. Tú el pérfido y aleve...

YORICK. Chico, chico, mira que no se puede hacer peor. ¡Más brío! ¡Más vehemencia!

EDMUNDO. Tú el seductor infame que se atreve...

YORICK. ¡Alma, alma!

EDMUNDO. Á desgarrar el pecho de un anciano?

YORICK. No estás hoy para ello. Dame. (Quitándole el manuscrito.) Escucha.

¿Con que eres tú el villano,
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame...

ESCENA IV.

DICHOS y WALTON.

WALTON. ¿Quién rabia por aquí? (Desde la puerta del foro.)

YORICK. ¡Walton! (Cerrando el manuscrito.)

WALTON. ¿Reñías con Edmundo?

YORICK. No reñía con nadie.

WALTON. Al llegar me pareció oir...

YORICK. (De fijo lo sabe ya, y viene buscando quimera.)

WALTON. Jurara que no me recibes con mucho agrado.

YORICK. Porque adivino tus intenciones.

WALTON. Adivinar es.

YORICK. Ahorremos palabras: ¿qué te trae por acá?

WALTON. Si lo sabes ¿á qué quieres que te lo diga? Pero ¿qué haceis de pié, señor Walton? (Dirigiéndose á sí mismo la palabra.) Aquí teneis silla. (Tomando una silla y colocándola en el centro del escenario.) Gracias. (Sentándose.)

YORICK. Mira, mira, lo que es á mí no te me vengas con pullitas, porque si me llego á enfadar...

WALTON. ¡Oh, entónces!... ¡Vaya!... ¡Pues ya lo creo! Si tiene un genio como un tigre... ¿Verdad, Edmundo?

EDMUNDO. ¿Eh!...

YORICK. ¿Te burlas de mí?

EDMUNDO. ¡Burlarse él de vos!

WALTON. Justo es que defiendas á tu amigo Yorick, á tu protector, á tu segundo padre... Oh, este muchacho es una alhaja. (Dirigiéndose á Yorick.) ¡Y cuánto me gustan á mí las personas agradecidas!

EDMUNDO. ¡Walton! (Sin poderse contener, y con aire amenazador.)

WALTON. ¿Las alabanzas te incomodan?

EDMUNDO. (¿Cuál es su intencion?)

WALTON. Vamos, se conoce que hoy todos han pisado aquí mala yerba. Adios. (Levantándose.) Tú te lo pierdes.

YORICK. Que yo me pierdo... qué?

WALTON. Nada. Venía en busca de un amigo; hallo un necio, y me voy.

YORICK. ¿Necio me llamas?

WALTON. Por de pronto no se me ha ocurrido cosa mejor.

YORICK. ¿Has visto á Shakspeare?

WALTON. No, sino al autor del drama nuevo.

YORICK. Y ¿qué?

WALTON. Shakspeare, al salir de aquí, se encontró casualmente con él, y díjole que en su obra era menester que hicieses tú el papel de marido.

YORICK. Ya vamos entendiéndonos.

WALTON. El autor se quedó como quien ve visiones.

YORICK. No es él mala vision.

WALTON. Y muy amostazado se vino á mi casa para instarme á que reclamara un papel, que en su concepto me correspondía...

YORICK. Y tú... pues... tú...

WALTON. Yo... (Como haciéndose violencia á sí mismo.) Quiero que sepas la verdad... Yo al pronto me llené de ira: luégo ví que no tenía razon, y dije al poeta... Pero ¿á qué me canso en referirte?... (Dá algunos pasos hacia el foro.)

YORICK. No... Oye... Ven. (Le coge de una mano y le trae al proscenio.) ¿Qué le dijiste?

WALTON. Le dije que tú eras mi amigo, que un actor de tu mérito y experiencia, podía ejecutar bien cualquiera clase de papeles, con sólo que en ello se empeñara; que yo haría el de confidente, que es, aunque odioso, muy difícil; que te auxiliaría con mis consejos, si tú querías aceptarlos... Adios... (Como despidiéndose, y echando á andar hacia el foro.)

YORICK. Pero ven acá, hombre, ven acá. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio como ántes.) ¿Eso dijiste?...

WALTON. Y cuando vengo, satisfecho de mí mismo, á darte la noticia, se me recibe con gesto de vinagre y palabras de hiel... Por fuerza había de pagarte en la misma moneda. La culpa tiene... (Dirigiéndose de nuevo hacia el foro.)

YORICK. No, si no te has de ir. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio otra vez.) ¡Es tan raro eso que me cuentas!...

WALTON. Y ¿por qué es raro? vamos á ver.

YORICK. Parecía lo más natural que te disgustase perder la ocasion de alcanzar un nuevo triunfo, y que en cambio yo...

WALTON. El templo de la gloria es tan grande, que no se ha llenado todavía, ni se llenará jamás.

YORICK. Como tienes ese pícaro genio...

WALTON. Se me cree díscolo, porque no sé mentir ni disimular.

YORICK. ¿Pero ello es que no te enojas porque yo haga de conde Octavio en ese drama?

WALTON. He dicho ya que no.

YORICK. ¿Y que tú harás de confidente?

WALTON. Ya he dicho que sí.

YORICK. ¿Y que me estudiarás el papel?

WALTON. Me ofendes con tus dudas.

YORICK. Edmundo, ¿oyes esto?

WALTON. Á ver si alguna vez logro ser apreciado justamente.

YORICK. Mira: la verdad es que á mí me pareciste siempre un

bellaco.

WALTON. Así se juzga á los hombres en el mundo.

YORICK. Confesar la culpa, ya es principio de enmienda; y si tú ahora quisieses darme unos cuantos pescozones...

WALTON. Debiera dártelos á fé.

YORICK. Pues anda. No vaciles. En caridad te ruego que me des uno tan siquiera.

WALTON. Eh, quita allá.

YORICK. Dame entónces la mano.

WALTON. ¡Eso sí! (Estréchanse ambos la mano.)

YORICK. Y yo que hubiera jurado.... Si el que piensa mal, merecía no equivocarse nunca. ¿Tienes ahora algo que hacer?

WALTON. Ni algo ni nada.

YORICK. ¡Me alegraría tanto de oirte leer el papel, ántes de empezar á estudiarlo!

WALTON. Pues si quieres, por mí...

YORICK. ¿Que si quiero? ¿No he de querer? No quiero otra cosa. ¡Vaya que me dejas atónito con bondad y nobleza tan desmedidas! ¿Quién había de imaginarse que tú?...

WALTON. ¿Vuelta á las andadas? (Con ira.)

YORICK. No, no... Al contrario... Quería decir... Con que, vámonos á mi cuarto... Allí nos encerramos y... Francamente: el papel de marido ultrajado me parece algo dificultoso...

WALTON. Te engañas. El papel de marido ultrajado se hace sin ninguna dificultad. ¿Á que Edmundo opina de igual manera?

EDMUNDO. ¿Yo?... (¡Qué dice este hombre?)

YORICK. Con tus lecciones todo me será fácil. Y dí ¿me enseñarás alguna de esas inflexiones de voz, de que sacas tanto partido?

WALTON. Seguramente.

YORICK. ¿Y alguna de esas transiciones repentinas, en que siempre te haces aplaudir?

WALTON. Pregunta excusada.

YORICK. ¿Y aquel modo de fingir el llanto, con que arrancas

lágrimas al público?

WALTON. Sí, hombre, sí: todo lo que quieras.

YORICK. ¿Y crees que al fin conseguiré?...

WALTON. Conseguirás un triunfo.

YORICK. ¿De véras? (Restregándose las manos de gusto.)

WALTON. Ni tú mismo sabes de lo que eres capaz.

YORICK. Pero hombre... (Con júbilo, que apénas le consiente hablar.)

WALTON. Oh, me precio de conocer bien á los actores.

YORICK. Digo si conocerás bien... Me pondría á saltar de mejor gana que lo digo. Vamos adentro, vamos... (Dirigiéndose con Walton hacia la derecha. Luégo corre al lado de Edmundo. Walton se queda esperándole cerca de la puerta de la derecha.) Pero, Edmundo, ¡es posible que viéndome tan alegre á mí, no quieras tú alegrarte? Alégrate por Dios. Quiero que esté alegre todo el mundo.

¿Conque eres tú el villano...

YORICK. Anda, y no perdamos el tiempo...

WALTON. Sí, sí, no perdamos... (Corriendo hacia donde está Walton.) Lo que pierdo hoy de seguro es la cabeza... Ah, oye. (Volviendo rápidamente al lado de Edmundo, y hablándole en voz baja.) Aunque este me repase el papel, no renuncio á que tú... Eh? (Va hasta el comedio del escenario, y allí se detiene.) (Con dos maestros así...) (Consigo mismo, señalando á Edmundo y Walton.) Y con Guillermo, por añadidura... Y que yo no soy ningun necio...

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata...

¡No hay más, lo haré divinamente! (Saltando de alegría.) ¿No lo dije? Ya salté de gozo como un chiquillo.

WALTON. Pero ¿no vienes?

YORICK. Sí, sí, vamos allá. (Vánse Yorick y Walton por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

EDMUNDO y á poco ALICIA.

¿Qué pensar? ¿Conoce Walton mi secreto? Dios no lo quiera. ¿Hablaba sin malicia ó con intencion depravada? ¡Siempre recelar! ¡Siempre temer! ¡Ay, qué asustadiza es la culpa! ¡Ay, qué existencia la del culpado! (Siéntase cerca de la mesa, en la cual apoya los brazos, dejando caer sobre ellos la cabeza. Alicia sale por la puerta de la izquierda, y al verle en aquella actitud, se estremece y corre hacia él sobresaltada.)

ALICIA. ¿Qué es eso, Edmundo? ¿Qué te pasa? ¿Qué hay?

EDMUNDO. ¡Tú tambien, desdichada, temblando siempre como yo!

ALICIA. Y ¿qué he de hacer sino temblar? Con la conciencia no se lucha sin miedo.

EDMUNDO Y ¿hemos de vivir siempre así? Dime por favor: ¿esto es vida?

ALICIA. ¿Á mí me lo preguntas? Cabe en lo posible contar los momentos de un día; no los dolores y zozobras que yo durante un día padezco. Si álguien me mira, digo: ese lo sabe. Si álguien se acerca á mi marido, digo: ese se lo va á contar. En todo semblante se me figura descubrir gesto amenazador: amenazadora retumba en mi pecho la palabra más inocente. Me da miedo la luz: temo que haga ver mi conciencia. La oscuridad me espanta: mi conciencia en medio de las tinieblas aparece más tenebrosa. Á veces juraría sentir en el rostro la señal de mi delito: quiero tocarla con la mano; y apénas logro que desaparezca la tenaz ilusion, mirándome á un espejo. Agótanse ya todas mis fuerzas, no quiere ya seguir penando mi corazon, y la hora bendecida del que necesita descanso llega para mí con nuevos horrores. Ay, que si duermo, quizá sueñe con él; quizá se es-

cape de mis labios su nombre, quizá diga á voces que le amo. Y si al fin duermo á pesar mío, entónces soy más desdichada, porque los vagos temores de la vigila toman durante el sueño cuerpo de realidad espantosa. Y otra vez es de día; y á la amargura de ayer, que parecía insuperable, excede siempre la de hoy, y á la amargura de hoy, que raya en lo infinito, excede siempre la de mañana. ¿Llorar? ¡Ay, cuánto he llorado! ¿Suspirar? ¡Ay, cuánto he supirado! Ya no tengo lágrimas ni suspiros que me consuelen. Vienes? Qué susto, qué desear que te vayas! ¿Te vas? ¡Qué angustia, qué desear que vuelvas! Y vuelves, y cuando como ahora hablo á solas contigo, me parece que mis palabras suenan tanto que pueden oirse en todas partes; el vuelo de un insecto me deja sin gota de sangre en las venas; creo que donde quiera hay oidos que escuchan, ojos que miran: y yo no sé hacia donde volver los míos... (Mirando con terror hacia una y otra parte.) y... ¡Oh! (Dando un grito.)

EDMUNDO. ¿Qué? ¡Habla! (Con sobresalto y ansiedad, mirando en la misma direccion que Alicia.)

ALICIA. Nada: mi sombra, mi sombra que me ha parecido testigo acusador. ¿Y tú me preguntas si esto es vida? ¡Qué ha de ser vida, Edmundo? No es vida, no lo es: es una muerte que no se acaba.

EDMUNDO. Serénate, Alicia, y considera que á serlo más, te creerías ménos culpada. Parece siempre horrenda la culpa si áun brilla á su lado la virtud.

ALICIA. No me hables de virtud. Sólo con amarte, huello todos los deberes; ofendo al cielo y á la tierra. Sálvame; salva como fuerte á una débil mujer.

EDMUNDO. Oh, sí; preciso es que ambos nos salvemos; pero ¿cómo salvarnos? ¿Ver á mi Alicia idolatrada, y no hablar con ella; hablar con ella, y no decirle que la quiero; dejar de quererla, habiéndola querido una vez!... ¡Qué desatino! ¡Qué locura! Yo, sin embargo,

todos los días me entretengo en formar muy buenos propósitos, con intencion de no cumplirlos: así da uno que reir al demonio. Propóngome lo que todo el mundo en ocasiones parecidas: convertir en amistad el amor. El amor trabajando por hacerse más pequeño, se hace más grande. No se convierte el amor en amistad: si acaso, en odio tan vivo y tan profundo como él. La idea de quererte ménos de lo que te quiero, me indigna, me enfurece. Amarte con delirio ó aborrecerte con frenesí: no hay otro remedio. Á ver, dime: ¿cómo lograría yo aborrecerte?

ALICIA. Los días enteros se me pasan á mí tambien discurriendo medios de vencer al tirano de mi albedrío. Si Edmundo se enamorase de otra mujer, me digo á mí misma, todo estaba arreglado; y con sólo figurarme que te veo al lado de otra mujer, tiemblo de cólera, y comparado con este dolor, no hay dolor que á mis ojos no tome aspecto de alegría. Póngome á pedir á Dios que me olvides, y noto de pronto que estoy pidiéndole que me quieras. No más pelear inútilmente. Conozco mi ingratitud para con el mejor de los hombres: te amo. Conozco mi vileza: te amo. Sálvame, te decía. Mi salvacion está en no amarte. No me puedes salvar.

EDMUNDO. ¡Alicia, Alicia de mi alma!

ALICIA. ¡Edmundo! (Van á abrazarse y se detienen oyendo ruido en el foro.) Oh, quita.

ESCENA VI.

DICHOS y SHAKSPEARE. Despues YORICK y WALTON.

SHAKSP. Loado sea Dios, que os encuentro solos. Buscándoos venía.

EDMUNDO. ¿Á quién... á mí? (Con recelo.)

SHAKSP. Á tí y á ella.

ALICIA. ¿Á los dos?

SHAKSP. Á los dos.

EDMUNDO. (¡Cielos!)

ALICIA. (¡Dios mio!)

SHAKSP. ¿Puedo hablar sin temor de que nadie nos oiga?

EDMUNDO. ¿Tan secreto es lo que nos teneis que revelar?

SHAKSP. Ni yo misma quisiera oirlo.

ALICIA. (No sé qué me sucede.)

EDMUNDO. Hablad, pero ved lo que decis.

SHAKSP. Mira tú lo que dices. (Clavando en él una mirada.)

EDMUNDO. Es que no debo tolerar...

SHAKSP. Calla, y escucha. (Imperiosamente.)

EDMUNDO. ¡Oh! (Baja la cabeza dominado por el tono y el ademan de Shakspeare.)

SHAKSP. Tiempo há que debí dar voluntariamente un paso que doy ahora arrastrado de la necesidad. Fuí cobarde. ¡Malditos miramientos humanos que hacen cobarde al hombre de bien! Ya no vacilo: ya en nada reparo. Edmundo, tu amas á esa mujer.

EDMUNDO. ¿Yo!...

SHAKSP. Alicia, tú amas á ese hombre.

ALICIA. ¡Ah! (Con sobresalto y dolor.)

EDMUNDO. ¿Con qué derecho os atreveis?...

SHAKSP. Con el derecho que me da el ser amigo del esposo de Alicia y del padre de Edmundo.

EDMUNDO. Pero si no es cierto lo que decis; si os han engañado.

ALICIA. Os han engañado, no lo dudeis.

SHAKSP. La hipocresía y la culpa son hermanas gemelas. Ven acá. (Asiendo de una mano a Alicia, y trayéndola cerca de sí.) Ven acá. (Asiendo de una mano á Edmundo y poniéndole delante de Alicia.) Levanta la cabeza, Edmundo. Levántala tú. (Levantando con una mano la cabeza de Edmundo y con otra la de Alicia.) Miráos cara á cara con el sosiego del inocente. Miráos. ¡Oh! Pálidos estábais: ¿por qué os poneis tan encendidos? Ántes, el color del remordimiento: ahora, el color de la vergüenza.

ALICIA. ¡Compasion!

EDMUNDO. ¡Basta ya! (Con profundo dolor.)

ALICIA. Habeis hablado tan de improviso.

EDMUNDO. La acusacion ha caido como un rayo sobre nosotros.

ALICIA. Hemos tenido miedo.

EDMUNDO. Os diré la verdad.

ALICIA. Es cierto: me ama, le amo.

EDMUNDO. Sois noble y generoso.

ALICIA. Tendreis lástima de dos infelices.

EDMUNDO. No querreis aumentar nuestra desventura.

ALICIA. Al contrario; nos protegereis, nos defendereis contra nosotros mismos.

SHAKSP. Vamos, hijos míos, serenidad.

ALICIA. ¡Hijos nos llama! ¿Lo has oído?

EDMUNDO. ¡Oh, besaremos vuestras plantas!

ALICIA. ¡Sí! (Yendo á arrodillarse.)

SHAKSP. No; en mis brazos estareis mejor. (Abriendo los brazos.)

EDMUNDO. ¡Guillermo!... (Deteniéndole con rubor.)

ALICIA. ¿Es posible? (Con alegría.)

SHAKSP. ¡Venid!

EDMUNDO. ¡Salvadnos! (Arrojándose en sus brazos.)

ALICIA. ¡Salvadnos, por piedad! (Arrojándose tambien en los brazos de Shakspeare.

SHAKSP. Sí; yo os salvaré con la ayuda de Dios. (Pausa, durante la cual se oyen los sollozos de Edmundo y Alicia.)

ALIGIA. Pero ¿qué miro? ¿Estais llorando?

SHAKSP. Viendo lágrimas, ¿qué ha de hacer uno sino llorar?

ALICIA. Edmundo, es un protector que el cielo nos envía. ¡Y le queríamos engañar, queríamos rechazarle? ¡Cuál ciega la desdicha! Tener un amigo que nos consuele, que tome para sí parte de nuestras aflicciones: ser amparados del hombre que mejor puede curar los males del alma, porque es el que los conoce mejor... ¡Oh gozo inesperado! ¿Quién me hubiera dicho momentos ha que tan cerca de mí estaba la alegría? Ya respiro ¡Ay, Edmundo, esto es ya vivir!

SHAKSP. No hay tiempo que perder. Hablad. Quiero saberlo todo. (Pausa.)

EDMUNDO. Vino ha dos años Alicia á la compañía de vuestro teatro. Entónces la conocí. ¡Nunca la hubiera conocido!

ALICIA. ¡Nunca jamás le hubiera conocido yo!

EDMUNDO. La ví de léjos; me arrastró hacia ella fuerza misteriosa. Llegué á su lado; miré, no ví; hablé, no se oyó lo que dije. Temblé: la amaba!

ALICIA. ¡Yo le amaba tambien!

EDMUNDO. Quiere el amor, áun siendo legítimo, vivir oculto en el fondo del corazon. Pasaron días... Quise al fin declararme... ¡Imposible!

ALICIA. Yorick me había manifestado ya su cariño.

EDMUNDO. Era mi rival el hombre á quien todo se lo debía.

ALICIA. Cayó mi madre muy enferma: carecíamos de recursos: Yorick apareció á nuestros ojos como enviado de la Misericordia infinita.

EDMUNDO. ¿Podía yo impedir que mi bienhechor hiciese bien á los demas?

ALICIA. Alicia, me dijo un día mi madre; vas á quedarte abandonada: cásate con Yorick; ¡te quiere tanto y es tan bueno!

EDMUNDO. Yorick me había recogido desnudo y hambriento de en medio de la calle, para darme abrigo y amor y dicha y un lugar en el mundo.

ALICIA. Por Yorick gozaba mi madre en los últimos días de su existencia todo linaje de consuelos.

EDMUNDO. Destruir la felicidad de ese hombre hubiera sido en mí sin igual villanía.

ALICIA. Mi madre rogaba moribunda.

EDMUNDO. Lo que se hace, rindiendo culto á la gratitud, eso es lo que yo hice.

ALICIA. Lo que se responde á una madre que suplica moribunda, eso es lo que yo respondí.

EDMUNDO. Y juré que había de olvidarla.

ALICIA. Y segun iba empeñándome en quererle ménos, le iba

queriendo más.

EDMUNDO. Era vana la resistencia.

ALICIA. Pero decía yo: Edmundo es hijo de Yorick.

EDMUNDO. Yorick es mi padre, decía yo.

ALICIA. En casándome con Yorick, se acabó el amor que ese hombre me inspira.

EDMUNDO. Se acabó el amor que siento por esa mujer, al punto mismo en que Yorick se enlance con ella.

ALICIA. ¿Amar al hijo de mi esposo? ¡Qué horror! No cabe en lo posible.

EDMUNDO. ¿Amar á la esposa de mi padre? ¡Qué locura! No puede ser.

ALICIA. ¡Y con qué afan aguardaba yo la hora de mi enlace!

EDMUNDO. Siglos se me hacían los minutos que esa hora tardaba en llegar.

ALICIA. ¡Y llegó por fin esa hora!

EDMUNDO. Por fin se casó!

ALICIA. Y al perder su última esperanza el amor, en vez de huir de nuestro pecho...

EDMUNDO. Alzóse en él rugiendo como fiera acosada.

ALICIA. Callamos, callamos, sin embargo.

EDMUNDO. Á pesar de los ruegos y lágrimas de Yorick, me negué á seguir viviendo en su casa.

ALICIA. Pero tuvo que venir aquí con frecuencia.

EDMUNDO. Él lo exigía.

ALICIA. Nos veíamos diariamente: callamos.

EDMUNDO. Pasábamos solos una hora y otra hora: callamos.

ALICIA. Un día, al fin, representando Romeo y Julieta...

EDMUNDO. Animados por la llama de la hermosa ficcion...

ALICIA. Unida á la llama de la ficcion, la llama abrasadora de la verdad...

EDMUNDO. Cuando tantas miradas estaban fijas en nosotros...

ALICIA. Cuando tantos oídos estaban pendientes de nuestra voz...

EDMUNDO. Entónces, mi boca, miento, mi corazon, le preguntó quedo, muy quedo: «me quieres?»

ALICIA. Y mi boca, miento, mi corazon, quedo, muy quedo, respondió: «sí.»

EDMUNDO. Hé ahí nuestra culpa.

ALICIA. Nuestro castigo, á toda hora recelar y temer.

EDMUNDO. Implacables remordimientos.

ALICIA. ¿Consuelo? Ninguno.

EDMUNDO. ¿Remedio? Uno solamente.

ALICIA. Morir.

EDMUNDO. Ya nada falta que deciros.

ALICIA. Lo juramos.

EDMUNDO. Por la vida de Yorick!

ALICIA. Por su vida!

EDMUNDO. Eso es lo que sucede.

ALICIA. Eso es.

SHAKSP. Mísera humanidad! Vuélvese en tí manantial de crímenes la noble empresa acometida sin esfuerzo bastante para llevarla á cabo. ¡Mísera humanidad! Retrocedes ante el obstáculo pequeño: saltas por encima del grande. Os amais: es preciso que no os ameis.

EDMUNDO. Quien tal dice, no sabe que el alma esclavizada por el amor, no se libra de su tirano.

SHAKSP. Quien tal dice, sabe que el alma es libre, como hija de Dios.

ALICIA. Explicádmelo por piedad: ¿qué hará cuando quiera no amar el que ama?

SHAKSP. Querer.

EDMUNDO. Querer no basta.

SHAHSP. Basta, si el querer no es fingido.

ALICIA. ¿Quién lo asegura?

SHAKSP. Testigo irrecusable.

EDMUNDO. ¿Qué testigo?

SHAKSP. Vuestra conciencia. Si de la culpa no fuerais responsables ¿á qué temores, á qué lágrimas, á qué remordimientos? Huirás de Alicia para siempre.

EDMUNDO. Mil veces se me ha ocurrido ya tal idea. No exijais imposibles.

SHAKSP. En la pendiente del crímen hay que retroceder ó

avanzar: retrocederás mal que te pese.

EDMUNDO. ¿Hareis que me vaya por fuerza?

SHAKSP. Si no queda otro remedio, por fuerza se ha de hacer el bien.

ALICIA. Edmundo os obedecerá. Teniendo ya quien nos proteja, vereis como en nosotros renacen el valor y la fe.

EDMUNDO. Oh, sí: con vuestra ayuda no habrá hazaña que nos parezca imposible. Soldados somos del deber.

ALICIA. Vos, nuestro capitan.

EDMUNDO. Conducidnos á la victoria!

SHAKSP. Si esta buena obra pudiera yo hacer, reiríame de Otelo y de Macbeth, y de todas esas tonterías. (Con íntimo júbilo.) Confio en la promesa de un hombre. (Estrechando á Edmundo la mano.) Y en la promesa de una mujer. (Estrechando la mano á Alicia.)

EDMUNDO y ALICIA. Sí!

SHAKSP. Pues miéntras llega el día de que Edmundo nos deje, nunca esteis solos; nunca delante de los demas os dirijais ni una mirada. Esto pide el deber: esto reclama la necesidad. Me figuraba ser el único poseedor del secreto... ¡Necio de mí! Nunca pudo estar oculto el amor.

ALICIA. ¿Qué decis?

EDMUNDO. ¡Explicaos!

SHAKSP. Conoce tambien ese horrible secreto persona de quien fundadamente puede temerse una vileza.

EDMUNDO. ¿Qué persona?

SHAKSP. Con motivo del reparto de papeles de un drama nuevo, está Walton enfurecido contra Yorick.

EDMUNDO. ¡Walton! (Con terror.)

SHAKSP. Lo sé por el autor de la obra, que de casa de Walton fué hace poco á la mia, y me refirió la plática que ambos acababan de tener. Walton ha dicho estas ó parecidas frases que el autor repetía sin entenderlas: «Cuadra á Yorick divinamente el papel de marido ultrajado, y no se le debe disputar.»

ALICIA. ¡Dios de mi vida!

SHAKSP. «Si por descuido ó ceguedad no advirtiese las excelencias de papel tan gallardo, yo le abriré los ojos.»

ALICIA. ¡Oh, no hay duda: ese hombre es un malvado: nos perderá!

EDMUNDO. Sí, Alicia, estamos perdidos, perdidos sin remedio. (Con mucha ansiedad.)

SHAKSP. Todavía no. Corro al punto en su busca, y en viéndole yo, nada habrá que temer. (Dirigiéndose hácia el foro.)

EDMUNDO. ¡Alicia! Alicia! (Yendo hácia ella y asiéndole las manos.)

ALICIA. ¿Qué tienes? ¿Por qué te acongojas de ese modo?

SHAKSP. Valor, Edmundo. Volveré en seguida á tranquilizaros. (Desde el foro.)

EDMUNDO. ¡No os vayais, por Dios!

SHAKSP. ¿Que no me vaya? ¿Por qué? (Dando algunos pasos hacia el proscenio)

EDMUNDO. No está ahora Walton en su casa.

SHAKSP. ¿Cómo lo sabes? (Viniendo al lado de Edmundo.)

EDMUNDO. Yo soy quien os dice, valor. (Á Shakspeare.) ¡Valor, desdichada! (Á Alicia.)

ALICIA. Sácame de esta horrible ansiedad.

SHAKSP. ¿Dónde está ese hombre?

EDMUNDO. Aquí.

SHAKSP. ¡Cielos!

ALICIA. ¿Con él?

EDMUNDO. ¡Con él!

SHAKSP. Tú le has visto, sin duda.

EDMUNDO. Delante de mí empezó ya á descubrir el objeto de su venida.

ALICIA. Oh, ¿qué hago yo ahora, Dios mío, qué hago yo?

EDMUNDO. Tierra enemiga ¿por qué no te abres á mis plantas?

SHAKSP. ¡Qué fatalidad!

ALICIA. No me abandoneis; defendedme, amparadme.

EDMUNDO. Por piedad, un medio, una esperanza.

SHAKSP. Si nos aturdimos... Calma... sosiego... (Como recapacitando. Yorick aparece en la puerta de la derecha, seguido de

Walton, á quien dá la comedia que trae en la mano y hace con semblante alegre señas para que calle, poniéndose un dedo en la boca. Despues se acerca rápidamente de puntillas á su mujer.)

EDMUNDO. ¿Qué resolveis? (Con mucha ansiedad á Shakspeare.)

ALICIA. ¡Decid!

YORICK. Tiemble la esposa infiel, tiemble...

(Asiendo por un brazo á su mujer con actitud afectadamente trágica, y declamando con exagerado énfasis.)

ALICIA. ¡Jesús! (Estremeciéndose con espanto.) ¡Perdon! (Cayende al suelo sin sentido.)

YORICK. Eh?...

EDMUNDO. ¡Infame! (Queriendo lanzarse contra Walton.)

SHAKSP. ¡Insensato! (En voz baja á Edmundo, deteniéndole.)

YORICK. ¡Perdon! (Confuso y aturdido.)

WALTON. (¡Casualidad como ella!) (Irónicamente.)

YORICK. ¡Perdon!... (Queriendo explicarse lo que sucede. Shakspeare va á socorrer á Alicia.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

WALTON.

Esperaré á que vuelva. (Hablando desde el foro con álguien que se supone estar dentro. Deja el sombrero en una silla, y adelántase hácia el proscenio.) Pasa conmigo en el ensayo más de tres horas, y poco despues va á mi casa á buscarme. ¿Qué me querrá? Y ¿hago yo bien en buscarle á él? Como el ser amado, atrae el ser aborrecido. Esta noche se estrenará la comedia nueva: esta noche representará Yorick el papel que debió ser mío, y que villanamente me roba. ¿Lo hará bien? Dejárselo hacer; animarle á intentar cosas muy difíciles, donde no pudiera evitar la caída; representar yo á su lado un papel inferior, me pareció medio eficaz de lograr á un tiempo castigo el más adecuado para él, para mí la más satisfactoria venganza. Hoy temo haberme equivocado. Singular es que todo el mundo crea que ha de hacerlo mal, excepto yo. Fuera de que el vulgo

aplaude por costumbre... Yorick es su ídolo... Hasta la circunstancia de verle cambiar repentinamente el zueco por el coturno, le servirá de recomendacion... Ni mis enemigos desperdiciarán esta coyuntura que se les ofrece para darme en los ojos. Y ¡qué fervorosa es la alabanza dirigida á quien no la merece! ¡Qué dulce es alabar á uno con el solo fin de humillar á otro! Pues bueno fuera que viniese hoy Yorick con sus manos lavadas, á quitarme de las sienes el lauro regado con sudor y lágrimas en tantos años de combate: mi única esperanza de consuelo desde que recibió mi pecho la herida que no ha de cicatrizarse jamás. ¡Oh gloria! ¡Oh deidad, cuanto adorada, aborrecible! Piés de plomo tienes para acercarte á quien te llama; alas para la huída. Padece uno si te espera; más si por fin te goza; si luégo te pierde, mil veces más. ¿Qué mucho que el anhelo de conservarte ahogue la voz del honor y de la virtud? No bien supe que Yorick trataba de ofenderme, debí yo herirle con la noticia de su oprobio. La venganza más segura y más inmediata, esa es la mejor. Alcance luégo mi rival un triunfo en las tablas, destruyendo mi gloria, y vengarme de él será ya imposible. Dí palabra de guardar el secreto: la dí: ¿qué remedio sino cumplirla? ¡Ejerce Shakspeare sobre mí tan rara influencia! ¡Me causa un pavor tan invencible!... Y, no cabe duda ninguna: Yorick tiene celos. Quiere ocultarlos en el fondo del corazon; pero los celos siempre se asoman á la cara. Hizo en parte la casualidad lo que yo hubiera debido hacer, y aunque Shakspeare agotó su ingenio para ofuscarle... Clavada en el alma la sospecha, no hay sino correr en pos de la verdad hasta poner sobre ella la mano. Y ¿quién sabe si de los celos verdaderos del hombre estará recibiendo inspiraciones el actor para expresar los celos fingidos? Esto faltaba solamente: que hasta los males de mi enemigo se volviesen contra mí. Ah, ¿eres tú? (Cambiando de tono al ver en-

trar á Yorick por la puerta del foro.) Á Dios gracias. Ya me cansaba de esperarte.

ESCENA II.

WALTON y YORICK.

YORICK. ¿Tú aquí?

WALTON. Sé que has estado en casa despues del ensayo, y vengo á ver en qué puedo servírte.

YORICK. Es verdad, allá estuve. Te agradezco la cortesía.

WALTON. Bah, entre amigos y compañeros... Dí, pues: ¿querías algo?

YORICK. Quería solamente... (Turbándose.) Ya te diré.

WALTON. (¿Qué será?...)

YORICK. He andado mucho, y estoy rendido de fatiga. (Sentándose.)

WALTON. Descansa enhorabuena.

YORICK. Me prometía hallar alivio con el aire del campo, mas salió vana mi esperanza.

WALTON. ¿Qué? ¿Te sientes malo? (Con gozo, que no puede reprimir.)

YORICK. Siento un malestar, una desazon...

WALTON. Á ver, á ver. (Tocándole la frente y las manos.) Estás ardiendo. Si creo que tienes calentura.

YORICK. Posible es.

WALTON. ¿Por qué no envías un recado á Guillermo?

YORICK. ¿Á Guillermo? (Levantándose de pronto, y con acento de enojo.) ¿Para qué?

WALTON. Quizá no puedas trabajar esta noche: quizá haya que suspender la funcion... (Con afectada solicitud.)

YORICK. No es mi mal para tanto.

WALTON. Dejémonos de niñerías; yo mismo iré en busca de Guillermo, y... (Dando algunos pasos hacia el foro.)

YORICK. Te digo que no quiero ver á Guillermo. Te digo que he de trabajar.

WALTON. ¡Como esperas alcanzar un triunfo esta noche!... (Con ironía, volviendo á su lado.)

YORICK. Un triunfo... sí, un triunfo... (Como si estuviera pensando en otra cosa.) Walton... (Como queriendo decirle algo.)

WALTON. ¿Qué? (Con desabrimiento.)

YORICK. Walton.

WALTON. Así me llamo.

YORICK. No te burles de mí. (Desconcertado.)

WALTON. Lelo pareces á fé mía.

YORICK. Has de saber que tengo un defecto de que nunca pude corregirme.

WALTON. ¿Uno solo? Dichoso tú.

YORICK. Me domina la curiosidad.

WALTON. Adan y Eva fueron los padres del género humano.

YORICK. Verás. Hablabais esta mañana Guillermo y tú en un rincon muy oscuro del escenario, y acercándome yo casualmente á vosotros, oí que decías...

WALTON. ¿Qué?

YORICK. (Se turba.) Oí que decías «yo no he faltado á mi promesa: Yorick nada sabe por mí.»

WALTON. ¿Con que oíste?...

YORICK. Lo que acabo de repetir nada más.

WALTON. ¿Y qué?

YORICK. Que como soy tan curioso, anhelo averiguar qué es lo que Guillermo te ha exigido que no me reveles.

WALTON. Pues, con efecto, eres muy curioso.

YORICK. Advirtiéndotelo empecé.

WALTON. Tienes, ademas, otra gracia.

YORICK. ¡Cuál?

WALTON. La de soñar despierto.

YORICK. ¿De qué lo infieres?

WALTON. De que supones haberme oído pronunciar palabras que no han salido de mis labios.

YORICK. ¿Que no?

WALTON. Que no.

YORICK. Brujería parece.

WALTON. Y si no mandas otra cosa... (Dirigiéndose hacia el foro á coger el sombrero.)

YORICK. (No saldré de mi duda.) Walton.

WALTON. ¿Me llamas? (Dando algunos pasos hacia Yorick, con el sombrero en la mano.)

YORICK. Sí; para darte la enhorabuena.

WALTON. ¿Por qué?

YORICK. Porque mientes muy mal.

WALTON. Ni bien ni mal; no miento.

YORICK. ¡Mientes! (Con repentina cólera.)

WALTON. ¡Yorick!

YORICK. ¡Mientes!

WALTON. Pero ¿has perdido la razon?

YORICK. Cuando digo que mientes, claro está que no la he perdido.

WALTON. Daré yo otra prueba de cordura, volviéndote la espalda.

YORICK. No te irás sin decirme lo que has ofrecido callar.

WALTON. Pues, necio, si he ofrecido callarlo ¿cómo quieres que te lo diga?

YORICK. ¡Ah! ¿Conque no soñé? ¿Con que real y positivamente oí de tu boca las palabras que negabas ántes haber pronunciado?

WALTON. Déjame en paz. Adios.

YORICK. Walton, habla, por piedad.

WALTON. Yorick, por piedad, no hablaré.

YORICK. ¿Luego es una desgracia lo que se me oculta?

WALTON. ¡Si pudieses adivinar cuán temeraria es tu porfía, y cuán heroica mi resistencia?

YORICK. Por quien soy que has de hablar.

WALTON. Por quien soy que merecías que hablase.

YORICK. Dí.

WALTON. ¡Ah!... (Como decidiéndose á complacer á Yorick.) No. (Como tomando la resolucion de callar.)

YORICK. ¿No?

WALTON. No. (Con frialdad.)

YORICK. Una hora te doy para que lo pienses.

WALTON. Me amenazas?

YORICK. Creo que sí.

WALTON. ¡Oiga!

YORICK. Dentro de una hora te buscaré para saber tu última resolucion.

WALTON. ¿Y si no me encuentras?

YORICK. Diré que tienes miedo.

WALTON. ¿De quién? ¿De tí?

YORICK. De mí.

WALTON. Aquí estaré dentro de una hora.

YORICK. ¿Vendrás?

WALTON. Tenlo por seguro.

YORICK. ¿Á revelarme al fin lo que ahora me callas?

WALTON. No, sino á ver qué haces cuando nuevamente me niegue á satisfacer tu curiosidad.

YORICK. Malo es jugar con fuego: peor mil veces jugar con la desesperacion de un hombre.

WALTON. ¿Desesperado estás?

YORICK. No sé; déjame.

WALTON. Adios pues. ¿Somos amigos todavía?

YORICK. No... Sí...

WALTON. ¿Sí ó no?

YORIGK. No.

WALTON. Excuso entónces darte la mano.

YORICK. Lo seremos toda la vida, si cambias de resolucion.

WALTON. Hasta dentro de una hora, Yorick.

YORICK. Walton, hasta dentro de una hora.

WALTON. Dios te guarde, Edmundo. (Saludando á Edmundo, que sale por la puerta del foro.)

EDMUNDO. Y á tí. (Con sequedad.)

WALTON. (Empeñándose él en saberlo, me será más facil callar.) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

YORICK y EDMUNDO.

Yorick anda de un lado á otro del escenario, manifestando viva agitacion.

YORICK. Hola, señor Edmundo, ¿por qué milagro se os vé al

fin aquí?

EDMUNDO. Como esta mañana me habeis reprendido porque no vengo...

YORICK. ¿Y vienes porque te he reprendido, eh? ¿Solamente por eso?

EDMUNDO. No... quiero decir... (Turbado.)

YORICK. No te canses en meditar una disculpa.

EDMUNDO. Me parece que estais preocupado... inquieto... Sin duda el estreno de la comedia... (Como buscando algo que decir.)

YORICK. El estreno de la comedia... Ciertamente... Eso es... (Hablando maquinalmente abstraído en su meditacion. Sigue andando en varias direcciones con paso ora lento, ora muy precipitado: á veces se para, siéntase á veces en la silla que vé más cerca de sí, demostrando en todas sus acciones la agitacion que le domina.)

EDMUNDO. Por lo que á vos hace, sin embargo, nada debeis temer. El público os ama ciegamente... Esta noche, como siempre, recompensará vuestro mérito, y... (Notando que Yorick no le escucha, deja de hablar, siéntase en el escaño y contempla con zozobra á Yorick, que sigue andando por el escenario. Pausa.)

YORICK. ¿Qué decías? Habla... Si te oigo. (Sin detenerse.)

EDMUNDO. (Todo lo sabrá al fin. No hay remedio.)

YORICK. ¿No hablas?

EDMUNDO. Sí, señor... Decía que el drama de esta noche...

YORICK. No me has preguntado por Alicia. ¿Por qué no me has preguntado por ella? (Parándose de pronto delante de Edmundo.)

EDMUNDO. Habiéndola visto en el ensayo esta mañana...

YORICK. Sí... es verdad... (Anda otra vez por el escenario.)

EDMUNDO. (Crecían sus dudas por instantes: han llegado á lo sumo.)

YORICK. ¿Conque la funcion de esta noche?...

EDMUNDO. Me parece que agradará. Tiene interés y movimiento; es obra de autor desconocido, á quien no hará guerra la envidia...

YORICK. ¡No puede ser! (Hablando consigo mismo, y dando una patada en el suelo.)

EDMUNDO. ¡Oh! (Levantándose de pronto.)

YORICK. ¿Qué? ¿He dicho algo? Suelen estos días escaparse de mis labios palabras cuyo sentido ignoro. No ando bien estos días. (Tocándose la frente.)

EDMUNDO. ¿Estais enfermo? ¿Qué teneis? (Con ternura acercándose á él.)

YORICK. Un papel tan largo y difícil... los ensayos... el estudio excesivo... Pero no hay que temer. Esto pasará... Ya pasó. Charlemos aquí los dos solos un rato. (Sentándose en la mesa.) Hablábamos... ¿De qué? Ah, del drama nuevo. Tú sí que haces á maravilla tu papel. ¿Y Alicia? ¿Cómo la encuentras en el suyo de esposa desleal?

EDMUNDO. Bien... muy bien.

YORICK. ¿Bien, eh? (Impetuosamente, saltando de la mesa al suelo.)

EDMUNDO. Sí, señor... yo creo...

YORICK. Y ya ves cuánto me alegro yo de que tú... (Conteniéndose y disimulando.) Edmundo, ven acá. (Como tomando de pronto una resolucion, y acercándole mucho á sí.) Dime: ¿sentiste alguna vez estallar en tu corazon tempestad furiosa? ¿Pudiste durante mucho tiempo esconder el brillo de sus relámpagos, ahogar la voz de sus truenos, contener el ímpetu de sus huracanes? ¿No es verdad que el dolor arranca al fin ayes lastimeros al más sufrido y valeroso? ¿Hará bien la desgracia en dejarse agoviar de carga irresistible sin pedir ayuda á la amistad? Y no eres tú mi hijo, el hijo de mi alma?

EDMUNDO. Oh, sí; ¡vuestro hijo! (Abrazándole.)

YORICK. Quiere mucho á tu padre. ¡Ay, tengo ahora tanta necesidad de que álguien me quiera! Porque sábelo, Edmundo: Alicia... ¡Oh, cuál se niegan mis labios á pronunciar estas palabras!... ¡Y si á lo ménos pudiese decirlas sin que llegaran á mis oídos! ¡Alicia no me ama!

EDMUNDO. ¡Cielos!

YORICK. ¿Ves qué horrorosa desventura? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: ¡Alicia ama á otro! Ahí tienes una desventura mayor, ahí la tienes. (Muy conmovido.)

EDMUNDO. Pero sin duda os engañais. ¿Cómo sabeis que vuestra esposa?... ¿Quién os ha inducido á creerlo? (Con ira en esta última frase.)

YORICK. Al oir que la llamaba esposa infiel, con palabras de esa maldita comedia que le sonaron á verdad, sobrecogióse de modo, que llegó á perder el sentido.

EDMUNDO. ¿Qué mucho, si es tan delicada y sensible, que al más leve ruido inesperado se conmueve y altera? Ya os lo dijo Guillermo.

YORICK. Ciertamente que me lo dijo. (Con ironía.) Alicia al desmayarse, pidió perdon.

EDMUNDO. Turbada por la voz acusadora su mente, como ciega máquina, siguió el impulso recibido. Guillermo os lo dijo tambien.

YORICK. Tambien me lo dijo, con efecto. (Con ironía como ántes.) Pero quedó leve espina en mi corazon; de leve se hizo grande; fué muy pronto clavo encendido. Yo ántes nada veía, en nada reparaba. Como la luz del sol, deslumbra la luz de la felicidad. Nublado el cielo de mi dicha, todo lo ví claro y distinto. Recordé un sí ardiente como el amor, y otro sí tibio como la gratitud: únicamente con el amor hace el amor nudo que no se rompa. Recordé lágrimas á deshora vertidas, zozobras y temores sin razon aparente. Parecióme ella más jóven y hechicera que nunca; hallé en mí con asombro fealdad y vejez. Ahora, á cada momento reciben nuevo pábulo mis sospechas, porque ya Alicia ni siquiera intenta disimular ni fingir: el peso de la culpa anonada la voluntad. Cuando la miro, de modo agítase y conmueve, tal dolor manifiesta, que llego á recelar si las miradas que le dirijo tendrán virtud sobrenatural para clavarse en ella como sae-

tas punzadoras. Nunca me habla sin que su labio tembloroso revele el temblor de la conciencia. ¿Asómase alguna vez á sus ojos lágrima rebelde? ¡Oh, cuál pugna por encerrarla de nuevo dentro de sí, y qué angustioso es contemplar aquella lágrima haciéndose cada vez mayor en el párpado que la sujeta! ¿Quiere reirse alguna vez? Su risa es más triste que su llanto. Oh, sí. Edmundo; lo juraría delante de Dios: Alicia esconde secreto abominable en su pecho. De ello me he convencido al fin con espanto: con espanto mayor que me causaría ver repentinamente abrirse el azul purísimo de los cielos, y detras de él aparecer tinieblas y horrores infernales. ¿Quién es el ladron de mi ventura? ¿Quién el ladron de su inocencia? Resdonde. No me digas que no lo sabes: fuera inútil, no te creería. ¿Quién es? ¿No hablas? ¿No quieres hablar? Dios mío, ¿qué mundo es este donde tantos cómplices halla siempre el delito?

EDMUNDO. Veros padecer tan cruel amargura, me deja sin fuerzas ni áun para despegar los labios. Repito que sospechais sin fundamento, que yo nada sé...

YORICK. ¿Por qué has sido siempre desdeñoso con Alicia? ¿Por qué has dejado de frecuentar esta casa? Porque sabías que esa mujer engañaba á tu padre; porque no querías autorizar con tu presencia mi ignominia.

EDMUNDO. Oh, no lo creais... ¡Qué funesta ilusion!

YORICK. Si te digo que ya empiezo á ver claro; que ya voy entendiéndolo todo. ¿Ignoras quién es mi rival? Ayúdame á buscarlo. ¿Será Walton quizá?

EDMUNDO. ¿Cómo os atreveis á imaginar siquiera?... (Con indignacion.)

YORICK. No te canses en disuadirme. No es Walton; de fijo que no. Desechado. ¿Será acaso lord Stanley?

EDMUNDO. ¿Lord Stanley? Porque la otra noche habló con ella un momento?...

YORICK. Calla, no prosigas. Tampoco es ese, tampoco. Ya me lo figuraba yo. Será el conde de Southampton, el

amigo de Shakspeare? (Pronunciando con dificultad este último nombre.)

EDMUNDO. Imposible: el conde de Southampton ama á una gran señora.

YORICK. Entónces ¿quién es? Sí: no hay duda: será quien yo ménos querría que fuese. No basta la traicion de la esposa: habré de llorar tambien la traicion del amigo.

EDMUNDO. No sospecheis de nadie. Ese rival no existe. Alicia no es culpada.

YORICK. Á bien que ahora mismo voy á salir de dudas... Si es culpada ó no, ahora mismo voy á saberlo. (Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)

EDMUNDO. ¿Qué intentais?

YORICK. Nada: (Volviendo al lado de Edmundo.) la cosa más natural del mundo: preguntárselo á ella.

EDMUNDO. ¡Eso no! (Horrorizado.) ¡Eso no, por piedad!

YORICK. ¿Cómo que no? ¿Puedo yo hacer más que fiarme de su palabra?

EDMUNDO. Pero ¿y si la acusais sin motivo? ¿Y si es inocente?

YORICK. Si es inocente, ¿por qué tiembla? ¿por qué tiemblo yo? ¿por qué tiemblas tú?

EDMUNDO. El tiempo aclarará vuestras dudas.

YORICK. El tiempo que se mide por la imaginacion del hombre, detiénese á veces, poniendo en confusion y espanto á las almas con anticipada eternidad. Días ha que el tiempo no corre para mí. Quiero volver á la existencia.

EDMUNDO. Esperad otro día, otro día no más. (Asiéndole una mano.)

YORICK. ¡Ni un día más, ni una hora más, ni un instante más! ¡Suelta! (Procurando desasirse de Edmundo.)

EDMUNDO. Oh, ved lo que haceis.

YORICK. ¡Qué obstinacion tan insufrible! ¡Vaya si es terco el mozo! (Forcejeando para desprender de la suya la mano de Edmundo.)

EDMUNDO. ¡Escuchad!

YORICK. ¡Y necio por añadidura! Aparta. (Haciendo un violento

esfuerzo, con el cual logra desprenderse de Edmundo.)

EDMUNDO. ¡Oh!

YORICK. ¡Si no hay remedio!... ¡Si he de saberlo todo!... (Con vivo furor.)

EDMUNDO. ¡Piedad!

YORICK ¡Si no quiero tener piedad. (Cambiando de tono y con voz lacrimosa. Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

EDMUNDO y ALICIA.

EDMUNDO. ¡Dios mío! ¡Oh! (Viendo aparecer á Alicia por entre la colgadura que cubre la puerta de la derecha, con el rostro pálido y desencajado, y dando señales de abatimiento. Breve pausa, despues de la cual, Edmundo corre al lado de Alicia que habrá permanecido inmóvil, y la trae al proscenio.) ¿Has oído?

ALICIA. Sí.

EDMUNDO. Mañana al amanecer se hace á la vela para clima remoto un bajel, cuyo capitan es mi amigo: huyamos. (Hablando en voz baja y muy de prisa.)

ALICIA. No.

EDMUNDO. De aquí á la noche quedarían dispuestos los medios de la fuga.

ALICIA. No.

EDMUNDO. Si de otro modo no fuera posible comunicártelos, en el teatro ricibirías luégo una carta, y por ella sabrías el término de mi solicitud y lo que uno y otro deberíamos hacer.

ALICIA. No.

EDMUNDO. Tu marido va á descubrirlo todo.

ALICIA. Cúmplase la voluntad del cielo.

EDMUNDO. Y ¿qué será de tí?

ALICIA. ¡Bah!

EDMUNDO. ¿Qué será de los dos?

ALICIA. Huye tú.

EDMUNDO. ¿Solo? Nunca.

ALICIA. Huye.

EDMUNDO. Contigo.

ALICIA. ¡Mil veces no!

YORICK. Alicia! Alicia! (Dentro, llamándola, Alicia se conmueve.)

EDMUNDO. ¿Lo ves? Ya no alientas: ya no puedes tenerte en pié.

ALICIA. Me busca. (Con terror.)

EDMUNDO. Para preguntarte si eres culpada. ¿Qué le responderás?

ALICIA. ¿Qué le he de responder? ¡Que sí! (Con firmeza.)

EDMUNDO. ¿Y despues?

ALICIA. ¿Despues?... ¿Crees tú que será capaz de matarme? (Como animada de una esperanza lisongera.)

EDMUNDO. Su furia ó tu propio dolor darán fin á tu vida.

ALICIA. ¿De veras? ¡Qué felicidad!

EDMUNDO. Y no buscas sólo su muerte, sino tambien la mía.

ALICIA. ¡La tuya! (Con pena y sobresalto.)

YORICK. ¡Alicia! (Dentro, más cerca.)

EDMUNDO. Ya viene.

ALICIA. Callaré... fingiré... Ea, impudencia, dame tu serenidad, y con ella búrlese la culpa de la justicia. No puedo ser más desdichada; pero no temas, no temas: áun puedo ser más despreciable.

YORICK. ¡Alicia!

ALICIA. Aquí estoy. Aquí me teneis. (Yendo hacia donde suena la voz de Yorick.)

EDMUNDO. (¡Bárbaro destino!) (Yorick sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS y YORICK.

YORICK. ¡Ah! (Turbándose al ver á Alicia.)

ALICIA. Me buscais, yo á vos, y parece que andamos huyendo el uno del otro. (Sonriéndose y aparentando serenidad.)

YORICK. (¿Está ahora alegre esta mujer?) Tengo que hablar un

momento á solas con Alicia. Espérame en mi cuarto. (Á Edmundo.)

EDMUNDO. (Á lo ménos estaré aquí.) (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

YORICK y ALICIA.

Yorick contempla un instante á Alicia en silencio. Luego se sienta en el escaño.

YORICK. Ven, Alicia, ven. (Alicia da algunos pasos hácia él.) Acércate más. (Alicia se acerca más á Yorick.) Siéntate á mi lado. ¿Acaso tienes miedo de mí?

ALICIA. ¿Miedo? ¿Por qué? (Sentándose al lado de Yorick.)

YORICK. (Parece otra.)

ALICIA. ¿Qué me quereis? (Yorick se levanta.)

YORICK. (Ella serena, yo turbado... Aquí hay un delincuente. ¿Lo es ella? Lo soy yo?)

ALICIA. (Las fuerzas se me acaben.) (Yorick se sienta otra vez.)

YORICK. Alicia: el hombre, por lo regular, despiértase amando á la primera luz de la juventud: corre luégo desatentado en pos del goce que mira delante de sí, y como en zarzas espinosas del camino de la vida, enrédase en uno y otro amorío, fútil ó vergonzoso, dejando en cada uno de ellos un pedazo del corazon. Íntegro y puro estaba el mío cuando te ví y te amé. Y ¡oh qué viva la fuerza del amor sentido en el otoño de la existencia, cuando ántes no se amó, cuando ya no es posible amar otra vez! Así te amo yo, Alicia. ¿Me amas tú, como tú me puedes amar? Responde.

ALICIA. Yo... Ciertamente... Os debo tantos beneficios...

YORICK. ¡Beneficios!... ¡Si no hablamos de beneficios ahora! ¿Me amas?

ALICIA. ¿No lo sabeis? ¿No soy vuestra esposa?

YORICK. ¿Me amas!

ALICIA. Sí, señor, sí; os amo.

YORICK. ¿De veras?... ¿Sí? ¿Debo creerlo? (Con íntimo gozo.) Por Dios, que me digas la verdad. ¿No amas á nadie sino á mí? ¿Á nadie?

ALICIA. ¿Qué me preguntais? (Asustada y queriendo levantarse.)

YORICK. ¿No amas á otro? (Con energía y deteniéndola.)

ALICIA. No, señor, no...

YORICK. Mira que pienso que me engañas. ¡Ah! (Como concibiendo una esperanza halagüeña.) Quizá ames á otro sin habérselo declarado todavía. Siendo así, no vaciles en confesármelo. Humildemente aceptaría yo el castigo de haber codiciado para esposa á quien pudiera ser mi hija: no con severidad de marido, sino con blandura de padre, oiría yo tu confesion: yo te haría ver la diferencia que hay entre el amor adúltero que regocija á los infiernos, y el conyugal amor que tiene guardadas en el cielo palmas y coronas: redoblaría yo mis atenciones y finezas para contigo, mostrándote engalanado mi afecto con atractivos á cuál más dulce y poderoso: contínuamente elevaría yo súplicas al ángel de tu guarda para que no te dejase de la mano; y no lo dudes, gloria mía, luz de mis ojos; no lo dudes, Alicia de mis entrañas: conseguiría yo al fin vencer á mi rival, ganarme todo tu corazon, volverte á la senda del deber y la dicha; porque tú eres buena, tu pecho noble y generoso: caerás en falta por error, no con deliberado propósito; y conociendo la fealdad del crímen, huirías de él horrorizada; y conociendo mi cariño... Ay, hija mía, créelo; á quien tanto quiere, algo se le puede querer.

ALICIA. (Me falta aire que respirar; se me acaba la vida.)

YORICK. ¿Nada me dices? ¿Callas? ¿Es que amas y has declarado ya tu amor? Pues tampoco debes ocultármelo. Bien conocerás que tan grave falta no podría quedar impune. Destruir la familia, arrastrar por el lodo, como vil andrajo, el honor de un marido... Y si este marido

no tiene más afan que evitar á su esposa el menor disgusto, ni más felicidad que adorarla, ni más existencia que la que de ella recibe; si para ese infeliz ha de ser todo uno perder el afecto de su esposa y morir desesperado; y ella lo sabe, y le condena á padecer las penas del infierno en esta vida y en la otra... ¡Oh, entónces la iniquidad es tan grande que la mente no la puede abarcar; tan grande, que parece mentira!... No, si yo no creo que tú... ¡Conmigo tal infamia, conmigo! ¿Tú haber sido capaz!... No... no... Si digo que no lo creo... No puedo creerlo... ¡No lo quiero creer! (Cubriéndose el rostro con las manos, y llorando á lágrima viva. Alicia, miéntras habla Yorick, da señales de ansiedad y dolor cada vez más profundos: á veces quiere levantarse, pero su marido la detiene. Vencida ya de la emocion, va dejándose caer al suelo poco á poco hasta quedar arrodillada delante de Yorick. Al quitarse éste las manos de los ojos, despues de una breve pausa, notando que Alicia está arrodillada, levántase con furor y apártase de ella.) ¡Arrodillada! (Alicia deja caer la cabeza sobre el escaño, dando la espalda al público.) ¡Arrodillada! Si fuera inocente no se arrodillaría. ¿Conque no me engañé? ¡Infame! (Va rápidamente hacia su mujer con ademan amenazador. Viendo que no se mueve, detiénese un instante y luego se acerca á ella con expresion enteramente contraria.) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? (Levantándole la cabeza, mirándola, y poniéndole una mano en la frente.) Desahógate... Llora... ¿Te me vas á morir?... Pero ¿qué estoy yo haciendo? (Reprimiéndose.) ¿Qué me importa á mí que se muera? (Con nueva indignacion, separándose de Alicia.) Quizá su dolor sea fingido... Sí, ¡todo engaño y mentira! Si una mujer ni siquiera sabe lo que es verdad.

ALICIA. ¡Ay! (Dando un profundo suspiro, y volviendo á caer desplomada sobre el escaño.)

YORICK. ¡Alicia! (Corriendo otra vez hacia ella sobresaltado.) ¡Alicia! Ea, se acabó... Sosiégate... Mañana veremos lo que se ha de hacer... Hoy fuerza es pensar en otras co-

sas. El drama de esta noche... Alicia, vuelve en tí... ¡Alienta por Dios! (Shakspeare aparece en la puerta del foro. Yorick se incorpora de pronto, y se pone delante de su mujer, como para ocultarla.) ¡Eh! ¿Quién es? ¿Qué se ofrece? ¿Por qué entra nadie aquí?

ESCENA VII.

DICHOS y SHAKSPEARE.

SHAKSP. ¿Tan ciego estás que no me conoces?

YORICK. ¡Shakspeare! ¡Él!

SHAKSP. Levanta, Alicia. (Acercándose á ella.)

YORICK. ¡No la toques!

SHAKSP. Desde que te has aficionado al género trágico, no se te puede tolerar. (Hace que se levante Alicia, la cual queda apoyada en él.)

YORICK. ¿No te he dicho que no la toques? (Acercándose á su mujer.)

SHAKSP. Aparta. (Con gran calma, alargando un brazo para detenerle.)

YORICK. ¿Estoy soñando? (Como lleno de asombro.)

SHAKSP. Yo juraría que sí, ó más bien que estás ebrio ó demente. Vamos á tu aposento, Alicia. (Dirígese lentamente con ella hacia la puerta de la izquierda.)

YORICK. ¡Qué! ¿Tú?... (Siguiéndolos.)

SHAKSP. Aguarda un poco. (Deteniéndose.) Ya hablaremos los dos.

YORICK. ¿Eres piedra insensible con apariencia humana?

SHAKSP. ¿Eres mujer con aspecto de hombre? (Echa á andar otra vez.)

YORICK. ¡Dije ya que Alicia no ha de separarse de mí! (Recobrando su vigor, y yendo hacia su mujer, como para separarla de Shakspeare. Éste coge á Yorick de una mano con imponente serenidad, y le hace venir al proscenio, mirándole atentamente á los ojos.)

SHAKSP. ¡Dije ya que aguardes un poco! (Vuelve pausadamente al lado de Alicia, y haciendo que se apoye en su brazo, váse con ella por la puerta que ántes se indicó, sin apartar

un solo momento la mirada de Yorick, el cual permanece inmóvil, lleno de estupor.)

ESCENA VIII.

YORICK.

Despues de una breve pausa, llévase una mano á la frente, y mira en torno suyo, como si despertase de un sueño.

¿Qué es esto? ¿Se ha convertido la realidad de la vida en comedia maravillosa, cuyo desenlace no se puede prever? ¿Soy víctima de oscura maquinacion de brujas, duendes ó demonios?... ¡Shakspeare!... Sí, no hay duda... No, no: ¡imposible! ¡Qué angustia vivir siempre en tinieblas! ¡La luz, Dios eterno, la luz! ¡Y se ha ido con ella!... ¡Están juntos!... ¡Condenacion! ¡Yo los separaré! (Dirigiéndose á la puerta por donde se fueron Shakspeare y Alicia.)

ESCENA IX.

YORICK y WALTON.

WALTON. Pasó la hora: aquí me tienes. (Al aparecer en la puerta del foro.)

YORICK. ¡Oh, que es Walton! Bien venido, Walton, muy bien venido. (Aparentando extraordinaria jovialidad.)

WALTON. Bien hallado, Yorick.

YORICK. Esto sí que es cumplir fielmente las promesas.

WALTON. No las cumplo yo de otro modo.

YORICK. Y por supuesto, vendrás decidido á seguir ocultándome lo que deseo averiguar.

WALTON. Por supuesto.

YORICK. Sólo que como ántes te amenacé, querrás demostrar que no me tienes miedo.

WALTON. Precisamente.

YORICK. ¡Así me gustan á mí los hombres! Pues no ha de ha-

ber riña entre nosotros. (Poniéndole una mano en el hombro.) Pelillos á la mar.

WALTON. Como quieras. Á fé que no esperaba que fueses tan razonable.

YORICK. Si ya no hay necesidad de que tú á mí me cuentes nada. Soy yo, por el contrario, quien te va á contar á tí un cuento muy gracioso.

WALTON. ¿Tú á mí?

YORICK. Érase que se era un mancebo de pocos años, todo vehemencia, todo fuego. Se enamoró perdidamente de una dama que casi le doblaba la edad; pero de irresistible hermosura. (Walton se estremece.) Fué correspondido: ¡qué placer! Se casó: ¡gloria sin medida!

WALTON. ¿Á dónde vas á parar? (Muy turbado.)

YORICK. Disfrutaban en paz aquellas enamoradas tórtolas de su luna de miel, cuando una noche en que volvió á casa inopinadamente el mancebo, cátate que halla á su mujer...

WALTON. ¡Es falso: es mentira! (Impetuosamente sin poderse contener.)

YORICK. Cátate que halla á su mujer en los brazos de un hombre.

WALTON. ¡Vive Cristo!

YORICK. Vive Cristo diría él sin duda, porque no era para ménos el lance. Y figúrate qué diría despues al averiguar que aquel hombre, señor de alta prosapia, tenía de muy antiguo con su mujer tratos amorosos.

WALTON. ¡Es una vil calumnia! ¡Calla!

YORICK. Decidió tomar venganza de la esposa, y la esposa desapareció por arte de magia para siempre.

WALTON. ¿Quieres callar?

YORICK. Decidió tomar venganza del amante, y el amante hizo que sus lacayos le moliesen á palos.

WALTON. Pero ¿todavía no callas? (Ciego de ira, asiendo de un brazo á Yorick, y sacudiéndole violentamente.)

YORICK. Pero ¿no hablas todavía? (En el mismo tono que Walton con mayor coraje, y asiéndole tambien de un brazo y sacudiéndole con más violencia.) Já, já, já. Parece te va gus-

tando el cuentecillo. (Riéndose, y con mayor jovialidad que ántes.) Pues sabrás que hoy el marido apaleado, con diverso oficio y veinte años más de los que á la sazon tenía, lejano el lugar de la ocurrencia, créela en hondo misterio sepultada; pero se engaña el mentecato. Sábese que lleva un nombre postizo, para ocultar el verdadero que manchó la deshonra. (Hablando de nuevo con energía.)

WALTON. ¿Qué estás haciendo, Yorick?

YORICK. No falta quien le señale con el dedo.

WALTON. ¡Oh rabia!

YORICK. Hay quien diga al verle pasar: «ahí va un infame; porque el marido ultrajado que no se venga, es un infame.»

WALTON. Entónces ¿quién más infame que tú?

YORICK. ¿Eh? ¿Cómo?... ¿Es que ya hablas al fin? Sigue, explícate... habla...

WALTON. Yo, á lo ménos, descubrí al punto el engaño.

YORICK. Habla.

WALTON. Yo, á lo ménos, quise vengarme.

YORICK. ¿Y yo? Habla. ¿Y yo?

WALTON. Tú eres ciego.

YORICK. ¡Habla!

WALTON. Tú vives en paz con la deshonra.

YORICK. ¡Habla!

WALTON. Tu mujer...

YORICK. ¿Mi mujer?... Habla.... ¡Calla, ó vive Dios, que te arranco la lengua!

WALTON. ¿Lo estás viendo? Eres más infame que yo.

YORICK. ¿Mi mujer?...

WALTON. Te engaña.

YORICH. ¡Me engaña! Á ver; pruébamelo. Tendrás, sin duda alguna, pruebas evidentes, más claras que la luz del sol. No se lanza acusacion tan horrible sin poderla justificar. Pues vengan esas pruebas: dámelas: ¿qué tardas? ¿No tienes pruebas? ¡Qué las ha de tener! ¡No las tiene! ¡Bien lo sabía yo! Este hombre osa decir

que un ángel es un demonio, y quiere que se le crea por su palabra.

WALTON. Repito que Alicia te es infiel.

YORICK. Repito que lo prucbes. (Acercándose mucho á él.) Y si al momento no lo pruebas, dí que has mentido; dí que Alicia es honrada esposa; dí que á nadie ama sino á mí; dí que el mundo la respeta y la admira; dí que los cielos contemplándola se recrean. ¡Dilo! ¡Si lo has de decir!

WALTON. Alicia tiene un amante.

YORICK. ¿Eso dices?

WALTON. Sí.

YORICK. ¿Y no lo pruebas? ¡Ay de tí, villano, que no lo dirás otra vez! (Lanzándose á Walton como para ahogarle.)

WALTON. ¡Yorick!

ESCENA X.

DICHOS, SHAKSPEARE, ALICIA y EDMUNDO.

Shakspeare y Alicia salen por la izquierda; Edmundo por la derecha.

EDMUNDO. ALICIA. ¡Oh!

SHAKSP. Teneos. (Poniéndose entre Yorick y Walton.)

WALTON. ¡Shakspeare! (Confundido al verle.)

SHAKSP. Faltar á una palabra, es la mayor de las vilezas. (Bajo á Walton, con expresion muy viva.)

WALTON. ¡Oh! (Dejando ver el efecto que le han causado las palabras de Shakspeare. Luego se dirige rápidamente al foro.) Llorarás con lágrimas de sangre lo que acabas de hacer. (Á Yorick. Váse.)

SHAKSP. ¿Qué te ha dicho ese hombre?

YORICK. Lo que de antemano sabía yo. Que mi mujer tiene un amante. ¡Ese amante eres tú!

SHAKSP. ¡Yo! (Con indignacion y sorpresa.)

ALICIA. ¡Dios santo!...

EDMUNDO. ¡Oh! (Acercándose á Yorick como para hablarle.)

SHAKSP. ¡Yo!... ¡Insensato! (Con ira.) Já, já, já. (Soltando una carcajada.) Vive Dios, que me hace reir.

YORICK. ¡No es él! ¿No eres tú? ¿No es el amigo quien me deshonra y asesina? (Con tierna emocion.) Entónces algun consuelo tiene mi desventura. Temía dos traiciones. Una de ellas no existe. ¡Perdon, Guillermo, perdóname! ¡Soy tan desgraciado!

SHAKSP. Si eres desgraciado, ven aquí, y llora sobre un pecho leal. (Muy conmovido y con vehemencia.)

YORICK. ¡Guillermo! ¡Guillermo de mi corazon! (Arojándose en sus brazos, anegado en lágrimas.)

EDMUNDO. ¿Alicia?... (En voz muy baja lleno de terror.)

ALICIA. ¡Sí! (Con acento de desesperacion.)

EDMUNDO. ¡Mañana! (Con rapidez.)

ALICIA. ¡Mañana! (Váse Edmundo por el foro y Alicia por la derecha. Yorick y Shakspeare siguen abrazados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

Cuarto de Yorick y Alicia en el teatro. Mesa larga con tapete, dos espejos pequeños, utensilios de teatro y luces: dos perchas salientes, de las cuales penden á lo largo cortinas que llegan hasta el suelo, como cubriendo la ropa que hay colgada en ellas: algunas sillas: puerta á la derecha, que da al escenario.

ESCENA PRIMERA.

EL AUTOR y EL TRASPUNTE.

Ambos salen por la puerta de la derecha: el Traspunte, con un manuscrito abierto en la mano y un melampo con vela encendida.

EL TRASP. Aquí tendrá agua de fijo la señorita Alicia.

EL AUTOR. Sí: ahí veo una botella. (Indicando una que hay sobre la mesa.)

EL TARSP. Tomad. (Echando agua de la botella en un vaso. El Autor bebe.)

EL AUTOR. ¡Ay, respiro!... Tenía el corazon metido en un puño... Creí que me iba á dar algo... ¡Tantas emociones!... ¡Tanta alegría!... ¡Uf!... (Toma un papel de teatro de encima de la mesa, y hácese aire con él.) Conque dígame el señor Traspunte; ¿qué opina de mi drama?

EL TRASP. ¿Qué opino? ¡Vaya! ¡Cosa más bonita!... Y este último acto, al parecer, no gustará ménos que los anteriores.

EL AUTOR. Seguramente que si uno fuera vanidoso... Cualquiera otro en mi lugar creería ya valer más que Shakspeare. Yo no: yo, á fuer de modesto, sigo rindiéndole homenaje. Y que esta noche el pobrecillo me da compasion, porque necesariamente ha de sentir que un autor novel se le suba á las barbas. Aunque bien mirado, ¿qué remedio? De ménos nos hizo Dios. No ha de ser él eternamente el primero.

ESCENA II.

DICHOS y EDMUNDO en traje de Manfredo.

EDMUNDO. Dime, Tomás: ¿Alicia no se retira ya de la escena hasta que yo salgo?

EL TRASP. Justo. (Hojeando la comedia.)

EDMUNDO. ¿Y yo me estoy en las tablas hasta el final?

EL TRASP. ¿Pues no lo sabeis?... (Hojeando de nuevo la comedia.)

EDMUNDO. (Acabado el drama, será ya imposible hacer llegar á sus manos... ¡Qué fatalidad!) (Dirgiéndose hacia la puerta.)

EL AUTOR. Á ver, señor Edmundo, cómo os portais en la escena del desafío. La verdad: os encuentro... así... un poco... pues... En los ensayos habeis estado mucho mejor, Conque ¡eh?...

EDMUNDO. Sí, señor. sí... (Se va pensativo.)

ESCENA III.

EL AUTOR y EL TRASPUNTE: en seguida WALTON, en traje de Landolfo.

EL AUTOR. Apénas se digna contestarme. Rómpase uno los cascos haciendo comedias como ésta, para que luego un comiquito displicente...

WALTON. Edmundo sale ahora de aquí, ¿eh? (Al Traspunte.)

EL TRASP. Sí, señor.

WALTON. ¿Qué quería?

EL TRASP. Nada. Saber cuándo se retira de la escena la señora Alicia.

EL AUTOR. ¿Verdad, señor Walton, que Edmundo está representando bastante mal!

EL TRASP. Algo debe sucederle esta noche.

EL AUTOR. Con efecto, dos veces que he ido yo á su cuarto, le he encontrado hablando con Dérvil en voz baja, y cuando me veían, cambiaban de conversacion. Debía prohibirse que los cómicos recibieran visitas en el teatro.

WALTON. Y ese Dérvil, ¿quién es?

EL AUTOR. El capitan de una embarcacion que mañana debe hacerse á la vela.

EL TRASP. Pues en cuanto se fué el capitan, el señor Edmundo me pidió tintero, y se puso á escribir una carta.

EL AUTOR. ¡Escribir cartas durante la representacion de una comedia!

WALTON. (Una carta... Una embarcacion que se hará mañana á la vela...)

EL TRASP. Y á propósito de carta; ahí va la que ahora habeis de sacar á la escena, para dársela al conde Octavio. (Dándole un papel doblado en forma de carta.)

WALTON. Trae. (Toma el papel y se lo guarda en un bolsillo del traje. Óyese un aplauso muy grande y rumores de aprobacion. Walton se inmuta.)

EL AUTOR. Eh, ¿qué tal? ¿Para quién habrá sido?

EL TRASP. ¡Toma! Para el señor Yorick. Apuesto algo á que ha sido para él. (Váse corriendo.)

ESCENA IV.

WALTON y EL AUTOR.

EL AUTOR. ¡Cómo está ese hombre esta noche!... Cuando pienso que no quería que hiciese el papel de conde, me daría de cabezadas contra la pared. Mas ya se ve; ¿quién había de imaginarse que un comediante acostumbrado sólo á representar papeles de bufon... De esta hecha se deja atras á todos los actores del mundo. Si es mejor que vos.

WALTON. ¿De veras? (Con ironía.)

EL AUTOR. ¡Mucho mejor!

WALTON. Y si tal es vuestra opinion, ¿os parece justo ni prudente decírmela á mí cara á cara? (Cogiéndole de una mano con ira y trayéndole hacia el proscenio.)

EL AUTOR. Perdonad... (Asustado.) Creí... La gloria de un compañero...

WALTON. ¡Sois un mentecato! (Soltándole con ademan despreciativo.)

EL AULOR. ¿Cómo es eso?... ¿Mentecato yo?...

ESCENA V.

DICHOS y EL TRASPUNTE.

EL TRASP. Pues lo que yo decía: para él ha sido el aplauso.

EL AUTOR. (Se le come la envidia.) Bravo, Yorick, bravo. (Váse.)

EL TRASP. Y á vos ¿qué os parece el señor Yorick?

WALTON. Eres un buen muchacho, Tomas; trabajas con celo y he de procurar que Shakspeare te aumente el salario.

EL TRASP. ¡Y buena falta que me hace! Os quedaré muy agradecido.

WALTON. ¿Conque preguntabas qué tal me parece Yorick?

EL TRASP. Sí, señor.

WALTON. Y sepamos: ¿á tí, qué te parece? (Manifestando esperanza.)

EL TRASP. ¿Á mí?

WALTON. Sí: habla. Esta mañana decías que iba á hacerlo muy mal.

EL TRASP. ¡Y tanto como lo dije!

WALTON. ¿Luego crees?... (Con gozo.)

EL TRASP. No creo: estoy seguro...

WALTON. ¿De qué?

EL TRASP. De que dije una tontería.

WALTON. ¡Ah!...

EL TRASP. Buen chasco nos ha dado. En el primer acto se conocía que estaba... así... algo aturdido, pero luégo... Cáspita, ¡y qué bien ha sacado algunas escenas!... Si yo una vez me quedé embobado oyéndole, sin acordarme de dar la salida á la dama; y á no ser porque el autor me tiró un buen pellizco, para hacerme volver en mí, allí se acaba la comedia. Mirad, señor Walton: cuando os ví representar el Macbeth, creí que no se podía hacer nada mejor... Pues lo que es ahora...

WALTON. Anda, anda: (Interrumpiéndole.) no vayas á caer en falta de nuevo.

EL TARSP. ¿Eh? (Como asustado, y hojeando la comedia.) No: esta escena es muy larga. Se puede apostar á que miéntras esté en la compañía el señor Yorick, nadie sino él hará los mejores papeles. ¿Quien se los ha de disputar?

WALTON. Á fé que charlas por los codos.

EL TRASP. Fué siempre muy hablador el entusiasmo. Y la verdad... yo estoy entusiasmado con el señor Yorick. Todo el mundo lo está. Únicamente las partes principales murmuran por lo bajo, y le dan con disimulo alguna que otra dentellada. Envidia, y nada más que envidia.

WALTON. ¿Quieres dejarme en paz?

EL TRASP. (¡Qué gesto! ¡Qué mirada! ¡Necio de mí! Si este es

el que más sale perdiendo... Pues amiguito, paciencia y tragar la saliva.)

WALTON. ¿Qué rezas entre dientes?

EL TRASP. Si no rezo... Al contrario...

WALTON. Vete ya, ó por mi vida...

EL TRASP. Ya me voy... ya me voy... (Walton se deja caer en una silla con despecho y enojo.) Rabia, rabia, rabia!... (Aparte, haciendo muecas á Walton sin que él lo vea. Váse.)

ESCENA VI.

WALTON.

Permanece pensativo breves momentos.

¡Cómo acerté! ¡Yorick aplaudido con entusiasmo! ¡Qué triunfo! ¡Qué inmensa gloria! ¡Mayor que la mía! Sí, ¡mil veces mayor! No le perdono la injuria que ántes me hizo... La que ahora me hace ¿cómo se la he de perdonar? Sólo que no discurro para mi desagravio, medio que no me parezca vil y mezquino. Quisiera yo tomar venganza correspondiente á la ofensa, venganza de que pudiera decir con orgullo: hé ahí una venganza. (Óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso! (Asomándose á la puerta de la derecha.) ¡Ah!... (Tranquilizándose.) Para Alicia. Se retira de la escena... Edmundo va á salir por el mismo lado... Se miran... ¡Oh! Sí... no cabe duda... Rápida ha sido la accion como el pensamiento, pero bien la he notado yo. Al pasar Alicia, algo le ha dado Edmundo. ¿Qué podrá ser! ¿La carta de que me han hablado quizá?... ¿La prueba que Yorick me pedía?... ¡Si fuera una carta! ¡Si el destino me quisiese amparar!... Aquí viene!... ¡Ah! (Se oculta detras de la cortina que pende de una de las perchas.)

ESCENA VII.

WALTON y ALICIA, en traje de Beatriz

Alicia entra por la puerta de la derecha; despues de mirar hacia dentro, la cierra poco á poco para que no haga ruido, dando señales de zozobra; adelántase hasta el comedio del escenario, donde se detiene como perpleja, y al fin abre la mano izquierda, descubriendo un papel, que atentamente se queda mirando.

WALTON. Sí, es la carta de Edmundo. (Con expresion de gozo, sacando un instante la cabeza por entre la cortina detras de la cual está escondido. Alicia se acerca rápidamente á la mesa donde hay luces, y lee la carta con visible temblor, mirando hacia la puerta.)

ALICIA. «Hasta ahora no he sabido con certeza si podríamos huir mañana... Ya todo lo tengo preparado... Esta madrugada á las cinco te esperaré en la calle... No nos separaremos nunca... Mi amor durará lo que mi vida... Huyamos; no hay otro remedio: huyamos, Alicia de mi alma, y...» (Sigue leyendo en voz baja.) ¡Huir!... ¡Abandonar á ese desgraciado!... ¡Hacer irremediable el mal!... ¡Un oprobio eterno!... ¡Jamás!... ¡La muerte es preferible! (Acerca el papel á la luz como para quemarlo. Walton, que habrá salido sigilosamente de su escondite, detiene el brazo que Alicia alarga para acercar el papel á la luz.) ¡Oh! (Cogiendo rápidamente con la otra mano el papel.) ¡Walton! (Reparando en él, y retrocediendo asustada.)

WALTON. Yo soy.

ALICIA. ¿Dónde estabais?

WALTON. Detras de esa cortina.

ALICIA. ¿Qué quereis?

WALTON. Ver lo que os dice Edmundo en el papel que teneis en la mano.

ALICIA. ¡Misericordia! (Apoyándose en la mesa con expresion de terror.)

WALTON. Dádmele.

ALICIA. No os acerqueis.

WALTON. ¿Por qué no?

ALICIA. Gritaré.

WALTON. Enhorabuena.

ALICIA. ¿Cuál es vuestra intencion?

WALTON. Ya lo vereis.

ALICIA. ¿Entregársele á mi marido?

WALTON. Quizá.

ALICIA. ¡Esta noche!... ¡Aquí!... ¡Durante la representacion de la comedia!... Pero lo que intentais es una infamia... una vileza sin ejemplo... ¡No hay nombre que dar á una accion tan horrible! ¡Oh, sed clemente!... ¡Un poco de clemencia para él, tan solo para él! Os lo ruego... ¿por qué quereis que os lo ruegue?... ¿Qué amais? ¿Qué palabras llegarían más pronto á vuestro corazon? Decidme qué he de hacer para conmoveros.

WALTON. Sería inútil cuanto hicieseis. Necesito vengarme.

ALICIA. Y ¿por qué no habeis de vengaros? Pero ¿por qué os habeis de vengar esta noche? Mañana os daré el papel que me está abrasando la mano: creedme: lo juro. Mañana sabrá mi marido la verdad. Vos estareis delante: con su dolor y el mío quedará satisfecha vuestra sed de venganza: no os pesará de haber aguardado hasta mañana para satisfacerla. Me amenazais con la muerte: con más que la muerte. Dejadme que la sienta venir. Os lo pediré de rodillas. (Cayendo á sus piés.) Ya estoy á vuestras plantas. ¿Me concedeis el plazo que os pido? ¿Me lo concedeis, no es verdad? ¿Qué trabajo os cuesta decir que sí?

WALTON. No, y mil veces no. (Alicia se levanta de pronto, llena de indignacion.)

ALICIA. Ah, que le tenía por un hombre, y es un demonio.

WALTON. Un hombre soy, un pobre hombre que se venga.

ALICIA. ¡Oh! ((Viendo entrar á Yorick por la puerta de la derecha. Llévase á la espalda la mano en que tiene el papel. y quédase como helada de espanto.)

ESCENA VIII.

DICHOS y YORICK, en traje de conde Octavio.

YORICK. ¿Qué haces aquí? (Á Walton son serenidad.) ¿Será prudente que nos veamos los dos esta noche fuera de la escena?

WALTON. Cierto que no lo es, pero cuando sepas lo que ocurre...

YORICK. Nada quiero saber. (Sentándose con abatimiento.) Esta noche somos del público. Déjame.

WALTON. ¿Tanto puede en tí el ansia de gloria, que olvidas todo lo demas?

YORICK. Ansia de gloria... (Con expresion de triste ironía.) Déjame, te lo ruego.

WALTON. Como ántes me habías pedido cierta prueba...

YORICK. ¿Qué?... ¿Qué dices?... (Levantándose y acercándose á Walton.)

ALICIA. (Pero ¿es esto verdad!) (Saliendo de su estupor.)

YORICK. Walton... Mira que está ella delante... (Reprimiéndose.) Mira que no debes ultrajarla delante de mí. ¿Una prueba? (Sin poder dominarse.) ¿Será posible? ¿Dónde está?

WALTON. Díle á tu mujer que te enseñe las manos.

ALICIA. No le escucheis.

YORICK. Vete; déjanos. (Á Walton.)

WALTON. En una de sus manos tiene un papel.

ALICIA. Pero ¿no veis que es un malvado?

YORICK. ¡Un papel! (Queriendo ir hacia su mejer; y conteniéndose difícilmente.) Vete. (Á Walton.)

WALTON. Ese papel es una carta de su amante.

ALICIA. ¡Ah! (Apretando el papel en la mano.)

YORICK. ¡Ah! (Corriendo hacia ella.) Dame esa carta, Alicia. (Reprimiéndose de nuevo.)

ALICIA. No es una carta... ¿Ha dicho que es una carta? Miente: no le creais...

YORICK. Te acusa: justifícate. Sí ese papel no es una carta, fácilmente puedes confundir al calumniador. Hazlo.

ALICIA. Es que... os diré... Esta carta...

YORICK. Es preciso que yo la vea.

ALICIA. ¡Es imposible que la veais! (Abandonándose á la desesperacion.)

YORICK. ¿Imposible? (Dando rienda suelta á su cólera.) Trae. (Sujetándola bruscamente con una mano, y queriendo quitarle con la otra el papel.)

ALICIA. ¡Ah! (Haciendo un violento esfuerzo, logra desasirse de Yorick, y corre desatentada hacia la puerta. Yorick corre tras Alicia la detiene con la mano izquierda, y con la derecha corre el cerrojo de la puerta.)

YORICK. ¿Qué intentas? ¿Quieres hacer pública mi deshonra?

ALICIA. ¡Compasion, Madre de los desamparados!

WALTON. Es inútil la resistencia. Mejor os estaría ceder.

ALICIA. Y ¿quién os autoriza á vos á darme consejos? Haced callar á ese hombre, Yorick. Tratadme vos como querais: sois mi marido, teneis razon para ofenderme; pero que ese hombre no me ofenda, que no me hable, que no me mire. Ninguna mujer, ni la más vil, ni la más degradada, merece la ignominia de que se atreva á mirarla un hombre como ese. (Walton sigue mirándola con sonrisa de triunfo.) ¡He dicho que no me mireis! Yorick, ¡me está mirando todavía! (Óyense golpes á la puerta.)

YORICK. ¿Oyes? Tengo que salir á la escena.

ALICIA. ¡Idos, idos, por Dios!

EL TRASP. ¡Yorick! ¡Yorick! (Dentro, llamándole.)

YORICK. No me obligues á emplear la violencia con una mujer.

EL TRASP. ¡Yorick! Que estais haciendo falta.

YORICK. Pero ¿no oyes lo que dicen!

ALICIA. ¡Me vuelvo loca!

YORICK. ¿Mis amenazas son inútiles?...

EL AUTOR. Abrid, abrid... ¡Va á quedarse parada la escena!

YORICK. ¡Oh, acabemos! (Arrójase frenético á su mujer, y forcejea con ella para quitarle la carta.)

ALICIA. ¡Piedad! ¡Piedad! (Luchando con Yorick.)

YORICK. ¡La carta! ¡La carta!

ALICIA. ¡No! ¡Me lastimais!

SHAKSP. ¿Quieres abrir con dos mil diablos? (Dentro, golpeando la puerta.)

ALICIA. ¡Shakspeare!... ¡Shakspeare!..! (Llamándole á gritos.)

YORICK. ¡La carta!

ALICIA. ¡Primero la vida! (Walton le ase la mano que tiene la carta.) ¡Ah!

WALTON. Ya está aquí. (Quitándole la carta.)

YORICK. Dámela.

EL AUTOR.
SHAKSP.
EL TRASP. } ¡Yorick!... ¡Yorick!... (Dentro.)

WALTON. ¡Ah! (Como asaltado de repentina idea.) Todavía no. (Guardándose la carta en un bolsillo.)

YORICK. ¿No?

ALICIA. ¿Qué dice?

ESCENA IX.

DICHOS, SHAKSPEARE, EL AUTOR y EL TRASPUNTE.

Salta el cerrojo de la puerta, cediendo al empuje que hacen por dentro y Shakspeare, el Autor y el Traspunte salen precipitadamente. Óyense dentro golpes y rumores.

SHAKSP. ¡Walton!

EL AUTOR. ¡Me habeis perdido! (Con desesperacion cómica.)

EL TRASP. Dos minutos ha que está parada la representacion.

YORICK. ¡Esa carta! (Bajo á Walton.)

WALTON. He dicho que ahora no.

EL AUTOR. Pero ¿qué os pasa? ¡Escuchad! ¡Escuchad! (Por los rumores y los golpes que se oyen dentro.)

EL TRASP. El cielo al fin me ayuda,
y hoy romperé la cárcel de la duda.
(Apuntándole los versos que ha de decir al salir á la escena.)

YORICK. ¡Su nombre, su nombre á lo ménos! (Bajo á Walton.)

WALTON. Despues.

SHAKSP. El público aguarda, Yorick.

EL TRASP. ¡El público está furioso!

EL AUTOR. ¡Mi pobre comedia! (Los tres empujan a Yorick hacia la puerta.)

YORICK. ¡Dejadme! Yo no soy ahora un cómico... Soy un hombre... un hombre que padece. ¿Me la darás? (Desprendiéndose de los demas, y corriendo hacia Walton.)

WALTON. No saldrá de mis manos sino para ir á las tuyas.

EL AUTOR. ¡Venid! (Asiéndole de nuevo.)

EL TRASP. El cielo al fin me ayuda... (Apuntándole.)

SHAKSP. ¡El deber es ántes que todo!

YORICK. ¡Oh! ¡Maldito deber! ¡Maldito yo! (Váse precipitadamente. Alicia habla con Shakspeare en voz baja.)

EL TRASP. Vos ahora. (Á Alicia.)

ALICIA. Una carta de Edmundo... (Bajo á Shakspeare.)

EL AUTOR. ¡Eh! ¿Tampoco esta quiere salir! (Muy afligido y consternado.)

ALICIA. Si la ve mi marido... (Bajo á Shakspeare.)

SHAKSP. No la verá. (Bajo á Alicia.)

EL AUTOR. ¡Señora!...

ALICIA. Sostenedme, guiadme. (Váse con el Autor, apoyada en él.)

EL TRASP. Y vos, prevenido. Esta escena es un soplo. (Hojeando la comedia muy azorado.)

WALTON. Ya lo sé.

EL TRASP. ¡Ah! ¿Os dí la carta que habeis de sacar ahora?

WALTON. Sí.

EL TRASP. No sé donde tengo la cabeza. ¡Qué noche! (Váse.)

ESCENA X.

SHAKSPEARE y WALTON: á poco el AUTOR y el TRASPUNTE.

SHAKSP. Walton, esa carta no te pertenece.

WALTON. Ni á tí.

SHAKSP. Su dueño me encarga que la recobre de tus manos.

WALTON. Pues mira cómo has de recobrarla.

SAHKSP. ¿Cómo? (Con ira, que al momento reprime.) Walton, los corazones fuertes y generosos, no tienen sino lástima para la ajena desventura. Apiádate de Yorick: apiádate siquiera de Alicia. Sálvala, si áun está en lo po-

sible. Su falta es ménos grave de lo que imaginas, y fácilmente se remedia. Destruyamos ese papel.

WALTON. Yorick me ha ofendido.

SHAKSP. ¿Te ha ofendido Yorick? Pues toma, enhorabuena, satisfaccion del agravio; pero tómala noblemente, que no se restaura el honor cometiendo una villanía. Y si Alicia en nada te ofendió, ¿cómo quieres hacerla víctima de tu enojo? Herir con un mismo golpe al inocente y al culpado, obra es de la demencia ó la barbarie. Ni aunque esa desdichada te hubiera causado algun mal, podrías tomar de ella venganza, á ménos de ser vil y cobarde. Se vengan los hombres de los hombres; de las mujeres no.

WALTON. Pídeme lo que quieras, Guillermo, con tal que no pidas la carta.

SHAKSP. Y á ti, miserable yo, ¿qué te puedo pedir? No pienses que ignoro la causa del odio que tienes á Yorick. No le odias porque te haya ofendido: le odias porque le envidias.

WALTON. ¡Cómo! ¿Qué osas decir? (Con violenta emocion.)

SHAKSP. Te he llamado vil y cobarde; eres otra cosa peor todavía: ¡eres envidioso!

WALTON. ¡Envidioso yo! Ninguna otra injuria me dolería tanto como esa.

SHAKSP. Porque es la que mereces más. Sí; la envidia tiene tu alma entre sus garras: la envidia, que llora el bien ajeno y se deleita en el propio mal; la envidia, que fuera la desgracia más digna de lástima, si no fuera el más repugnante de los vicios; la envidia, oprobio y rémora de la mente, lepra del corazon. (Óyese otro aplauso.)

WALTON. El deber me llama. (Estremeciéndose.) Como tú has dicho á Yorick, el deber es ántes que todo.

SHAKSP. Le aplauden: ¡Óyelo! ¿Tiemblas de oirlo? No hay para un envidioso ruido tan áspero en el mundo, como el del aplauso tributado á un rival. (Sale el Autor lleno de júbilo.)

EL AUTOR. ¡Albricias, albricias! Ya es nuestro el público otra vez. No ha podido ménos de aplaudir con entusiasmo al oir aquellos versos:

Con ansia el bien se espera que de léjos
nos envía sus plácidos reflejos,
mas no con ánsia tanta
cual daño que de léjos nos espanta.

Los versos ciertamente que no son malos, pero ¡cómo los ha dicho Yorick! ¡Qué gesto! ¡Qué entonacion! (Óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso, otro! ¡Admirable! ¡Divino! (Palmoteando.)

WALTON. Haré falta, si no me dejas. (Queriendo irse.)

SHAKSP. Dame ántes la carta. (Poniéndose delante.)

EL AUTOR. Pero señor, ¿qué tienen todos esta noche!

EL TRASP. Vamos; que al momento salís. (Entrando.)

WALTON. ¿Lo ves? (Á Shakspeare.) Anda, ya te sigo. (Al Traspunte.)

SHAKSP. ¡Quieto aquí! (Sujetándole con violencia.)

EL AUTOR y EL TRASP. ¡Eh! (Con mucho asombro.)

SHAKSP. Te la arrancaré con el alma, si es preciso.

EL AUTOR. ¿Quereis echar abajo mi drama! Ya se comprende la razon. (Á Shakspeare.)

WALTON. ¡Oh! (Como tomando una resolucion.)

SHAKSP. ¿Qué?

EL AUTOR. No faltan más que cinco versos. (Mirando la comedia.)

WALTON. El deber es más poderoso que mi voluntad. Tómala. (Sacando una carta de un bolsillo del traje, y dándosela á Shakspeare.)

SHAKSP. ¡Al fin!... (Tomando la carta con afan. Walton dirígese corriendo hácia la derecha.)

EL AUTOR. ¡Corred!... (Siguiéndole.)

EL TRASP. Vedme aquí, gran señor.

(Apuntándole lo que ha de decir al salir á la escena. Vánse Walton, el Autor y el Traspunte.)

ESCENA XI.

SHAKSPEARE.

(Abre la carta con mano trémula.) ¡Una carta en blanco! ¡Ah! (Dando un grito terrible.) ¡La que había de sacar á la escena!... ¡Y la otra!... ¡La otra!... ¡Fuego de Dios! (Corre hacia la derecha, ciego de ira, y asómase á la puerta.) ¡Oh! ¡Ya está delante del público! (Volviendo al proscenio.) La serpiente ha engañado al leon: ¡aplaste el leon á la serpiente! (Dirígese hacia la derecha, llevándose la mano á la espada, y cae un telon supletorio. El blanco entre esta primera parte y la segunda ha de ser brevísimo, casi instantáneo.)

SEGUNDA PARTE.

Magnífico salon en el palacio del conde Octavio. Mesa y sillon á la derecha. Una panoplia con armas á cada lado de la escena.

ESCENA ÚNICA.

EL CONDE OCTAVIO (YORICK), MANFREDO (EDMUNDO), BEATRIZ (ALICIA), LANDOLFO (WALTON), EL APUNTADOR, en la concha. Al final de la escena, SHAKSPEARE, el AUTOR, el TRASPUNTE y actores y empleados del teatro.

El Conde y Landolfo hablan el uno con el otro, sin ser oídos de Beatriz y Manfredo, que están al otro lado de la escena, y demuestran en su actitud y en la expresion de su semblante zozobra y dolor.

EL CONDE. (Yorick.) Ay, Landolfo, en tu ausencia
honda ansiedad mi pecho destrozaba:
mayor afan me causa tu presencia!
Responde... ¿Ese billete?...
está ya en tu poder, dílo, y acaba.

LANDOLFO. (Walton.) Tomad. (Dándole la carta de Edmundo.)

EL CONDE. (Yorick.) ¡Oh! (Tomándola con viva emocion.)

LANDOLFO. (Walton.) (¡Me vengué!)

EL CONDE. (Yorick.) Landolfo, vete.

(Landolfo hace una reverencia y se retira. Al llegar Walton á la puerta de la izquierda, detiénese un momento y mira á Yorick con satisfaccíon y alegría.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Manfredo! (En voz baja con angustia.)

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Beatriz! (Lo mismo.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Llegó el instante!

EL CONDE. (Yorick.) Voy á saber al fin quién es tu amante.

(Á Beatriz.)

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebata!
Fué vana tu cautela,
y aquí la prenda de tu culpa mira.

(Abre la carta y se acerca á la mesa, donde hay luces.)

La sangre se me hiela...

(Sin atreverse á leer la carta.)

¡Arda de nuevo en ira!
¡Ay del vil por quien ciega me envileces!

(Fija la vista en el papel, y estremécese violentamente.)

¡Eh! ¡Cómo! (Vencido de la sorpresa, olvídase de que está representando, y dice lo que realmente le dicta su propia emocion, con el tono de la verdad. Edmundo y Alicia le miran con profunda extrañeza.)

EL APUNT. Oh! qué miro!...

(Apuntándole en voz alta, creyendo que se ha equivocado, y dando golpes con la comedia en el tablado, para llamarle la atencion.)

YORICK. ¿Qué es esto?

EL APUNT. Oh! Qué miro! Jesús!

(Sacando la cabeza fuera de la concha, y apuntándole en voz todavía más alta.)

YORICK. Ah! (Dándose cuenta de su distraccion.)

Jesús mil veces!

(Dice estas palabras de la comedia como si fueran hijas de su

propio dolor y verdadero asombro. Cae desplomado en el sillon que hay cerca de la mesa, cubriéndose el rostro con las manos. Pausa. Levántase Yorik muy despacio, mira á Edmundo y á Alicia, luego al público, y quédase inmóvil sin saber qué hacer, apoyado en la mesa.)

EL CONDE. (Yorick.) Aquí, no hay duda, la verdad se encierra.

(Declamando como de memoria, sin interesarse en lo que dice.)

Veníd.

(Á Edmundo y Alicia, que se acercan á él, llenos de turbacion y miedo.)

Mirad.

(Mostrándoles la carta, y con nueva energía.)

MANFREDO. (Edmundo.)
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Oh!

(Dando un grito verdadero al ver la carta, y retrocediendo espantados.)

EL CONDE. (Yorick. ¡Tráguenos la tierra!

(Vuelve á caer en el sillon, contempla la carta breves instantes, y despues, como tomando una resolucion desesperada, se levanta y dirígese hacia Edmundo con ademan amenazador: ántes de llegar á él, se detiene y mira al público, dando á entender la lucha de afectos que le destroza el alma. Vuelve los ojos á otra parte, repara en Alicia, y corre tambien hacia ella, pero otra vez se detiene, y vuelve al comedio del escenario, llevándose las manos alternativamente á la frente y al corazon. Alicia y Edmundo le contemplan aterrados.)

EL APUNT. ¿Conque eres tú el villano...

(En voz alta, y dando nuevamente golpes en el tablado con la comedia.)

¿Con que eres tú el villano...

(Yorick, cediendo á la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su indignacion y cólera, hace suya la situacion ficticia de la comedia, y dice á Edmundo como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento la ficcion dramática queda convertida en viva realidad, y tanto en Yorick como en Alicia y Edmundo, se verán confundidos en

aun sola entidad el personaje de invencion y la persona verdadera.)

EL CONDE. (Yorick.) ¿Con qué eres tú el villano,
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame que se atreve
á desgarrar el pecho de un anciano?
¿Tú, desdichado huérfano, que abrigo
debiste un día á mi piadosa mano,
que en mí hallaste á la vez padre y amigo;
tú me arrebatas la adorada esposa,
tú amancillas mi frente?
¡Ya con accion tan noble y generosa
logró admirar el hombre á la serpiente!
Y á fé que bien hiciste. Por Dios vivo,
que este pago merece aquel que iluso
á otro rindió su pecho compasivo,
y en otro amor y confianza puso.
No; que aun viéndome herido y humillado,
mi hidalga confianza no deploro.
¡Para el engañador mengua y desdoro!
¡Respeto al engañado!

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Padre!... ¡Padre!...

EL CONDE. (Yorick.) ¿No sueño? ¿Padre dijo?
¿Tu padre yo? Pues caiga despiadada
la maldicion del padre sobre el hijo.

MANFREDO. (Edmundo.) ¿Qué habeis hecho!

EL CONDE. (Yorick.) Y á tí, desventurada,
(Á Alicia con pausado y tranquilo acento.)
¿que te podré decir? Sin voz ni aliento,
el cuerpo inmóvil, fija la mirada,
parecieras tal vez de mármol frío,
si no se oyese el golpear violento
con que tu corazon responde al mío.
¿Dónde la luz, de que en fatal momento
ví á tus ojos hacer púdico alarde,
con mengua del lucero de la tarde?
¿Dónde la faz divina,

en que unidos mostraban sus colores
cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
ni sombra leve á distinguir se alcanza
en tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¡Cuánto afea el delito!
Te hallé, ¡ay de mí! cuando anheloso y triste
pisaba los abrojos
que de la edad madura
cubren la áspera senda; y á mis ojos
como rayo de sol apareciste
que súbito fulgura,
dando vivo esplendor á nube oscura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
cual se adora á los ángeles del cielo,
con toda el alma te adoré rendido.
¿Quién dijera que tanta lozanía
era engañoso velo
de un corazon podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
el tenebroso abismo de tu pecho;
ya sé que eres traidora cuanto bella;
ya sé que está mi honor pedazos hecho;
ya sé que debo odiarte; sólo ignoro
si te odio yo cual debo, ó si áun te adoro.
¡Ay de tí, que el amor desesperado
jamás ha perdonado!

(Asiéndola de una mano.)

Y si no quieres que el furor me venza,
y que te haga morir hierro inclemente,
mirame, desdichada, frente á frente,
y muere de vergüenza.

(Haciéndola caer al suelo de rodillas.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Piedad!

EL CONDE. (Yorick.) En vano gemirás sumisa:
piedad no aguardes.

MANFREDO. (Edmundo.) Ella la merece.
EL CONDE. (Yorick.) ¡Ni ella ni tú!
BEATRIZ. (Alicia.) Mi vida os pertenece:
género es de piedad matar de prisa.
MANFREDO. (Edmundo.) Yo solo os ofendí: sobre mí solo
descargad vuestra furia.
EL CONDE. (Yorick.) De ambos fué la maldad y el ímpio dolo:
ambos me dareis cuenta de la injuria.
MANFREDO. (Edmundo) ¡Ella tambien! ¿Capaz de asesinarla
vuestra mano será?
EL CONDE. (Yorick.) Pues dí, insensato,
en pena á la traicion porque la mato,
¿qué ménos que matarla?
BEATRIZ. (Alicia.) Venga y dé fin la muerte á mi zozobra.
Si falta la virtud, la vida sobra.
Pero el honor mi sangre os restituya;
mi sangre nada más lave la afrenta.
EL CONDE. (Yorick) ¿Con tal que él viva, morirás contenta?
Tu sangre correrá: tambien la suya.
¡Y la suya primero!
(Toma dos espadas de una panoplia.)
MANFREDO. (Edmundo) ¡Noche fatal!
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Qué horror!
EL CONDE. (Yorick.) Elige acero.
(Presentándole las espadas.)
MANFREDO. (Edmundo.) Sí, y en mi pecho clávese mi espada.
(Tomando precipitadamente una espada, y volviendo la punta contra su pecho.)
EL CONDE. (Yorick.) Y la mía en el pecho de tu amada.
(Yendo hacia su mujer como para herirla.)
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Oh! (Corriendo á ponerse delante de Beatriz.)
EL CONDE. (Yorick.) Defiéndela al ménos. Considera
que la amenaza mano vengativa.
BEATRIZ. (Alicia.) Deja por compasion, deja que muera.
MANFREDO. (Edmundo.) Tú no puedes morir miéntras yo viva.
(Con fuego, dejándose llevar de su amor,)
EL CONDE. (Yorick.) ¿Conque ya á defenderla decidido,

conmigo reñirás?

(Acercándose mucho á él, y con hablar precipitado.)

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí!

EL CONDE. (Yorick.) ¿Cómo fuerte?
¿quién eres y quién soy dando al olvido?

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí!

EL CONDE. (Yorick.) ¿Y en la lid procurarás mi muerte?

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí, por Dios!

EL CONDE. (Yorick.) ¡Ay, que el cielo me debía
tras de tanto dolor tanta alegría?

BEATRIZ. (Alicia.) Repara...

MANFREDO. (Edmundo.) ¡En nada! (Rechazándola.)

BEATRIZ. (Alicia.) Advierte...

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Ese hombre es tu enemigo! (Fuera de sí.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Dios eterno!

EL CONDE. (Yorick.) Soltemos pues la rienda á nuestra saña.

MANFREDO. (Edmundo.) El crímen pide crímenes. ¡Infierno,
digna es de tí la hazaña!

(Yorik y Edmundo riñen encarnizadamente.)

BEATRIZ. (Alicia.) Tened! (Sujetando á Edmundo.)

MANFREDO. (Edmundo.) Déjame.

BEATRIZ. (Alicia.) Tente.

EL CONDE. (Yorick.) Por culpa tuya perderá su brío.

BEATRIZ. (Alicia.) Oidme vos entónces: sed clemente.

(Pasando al lado de Yorick, y sujetándole.)

EL CONDE. (Yorick.) ¿Le ayudas contra mí?

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Destino impío!

(Separándose horrorizada del Conde.)

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Cielos!

(Sintiéndose herido. Suelta la espada, y cae al suelo desplomado.)

EL CONDE. (Yorick.) Mira.

(Á Álicia, señalando á Edmundo con la espada.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Jesús!

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Perdon, Dios mio! (Espira.)

(Alicia corre á donde está Edmundo, inclínase á él, y despues de tocarle, da un grito espantoso, y levántase despavo-

rida, mirándose las manos.)

ALICIA. ¡Sangre!... ¡Edmundo!... ¡Sangre!... ¡Favor!... ¡Socorro!... (Corriendo por la escena.)

YORICK. ¡Calla!

SHAKSP. ¿Qué has hecho? (Saliendo por la izquierda. Acércase á Edmundo, y le mira y le toca. El Autor, el Traspunte y varios actores y empleados del teatro salen tambien por diversas partes: con expresion de asombro se acercan á donde está Edmundo, y al verle, dan un grito de horror. Algunos doblan la rodilla á su lado, otros permanecen de pié, y entre todos le ocultan á la vista del público.)

ALICIA. ¡Sangre!... ¡Sangre por todos lados! ¡Un mar de sangre en que me ahogo!

YORICK. ¡Silencio! (Sujetándola entre sus brazos y poniéndole una mano en la boca. Shakspeare sale de entre el grupo que rodea á Edmundo, y se adelanta hacia el proscenio.)

SHAKSP. Señores, ya lo veis. (Dirigiéndose al público y hablando con rapidez, profundamente conmovido.) No puede terminarse el drama que se estaba representando. Cegado por el entusiasmo Yorick, ha herido realmente al actor que hacía el papel de Manfredo. Ni es esta la única desgracia que el cielo nos envía. El famoso cómico Walton...

YORICK y ALICIA. ¡Walton!...

SHAKSP. Acaban de encontrarle en la calle, atravesado el pecho de una estocada.

ALICIA. ¡Misericordia! (Cayendo de rodillas y levantando las manos al cielo.)

SHAKSP. ¡Rogad por los muertos! ¡Ay! ¡Rogad tambien por los matadores!

FIN DEL DRAMA.

HISTORIA

A Y DIPLOMATICA

de la independencia
os Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

ERÓNIMO BECKER

e acaba de ponerse á la venta,
olio y fiel extracto los principales
ıa con imparcialidad la historia
sus defectos y expone con minu-
o referente á las relaciones exte-
ı, siendo, por tanto, de gran inte-
de un modo exacto el aspecto
a cuestión cubana.
.º, 642 páginas, 8 pesetas.

COPILACIÓN

DE LAS

S REINOS DE LAS INDIAS

las imprimir y publicar

POR

CATOLICA DEL REY CARLOS II

, corregida y aprobada por la
Tribunal Supremo de Justicia,
de la Regencia provisional del

ı folio, 50 pesetas.

LOS ESPAÑOLES

eta de todos los tomos publi-
edad, de que se hallan la ma-
.
38 tomos en 4.º—Precio, 900

mos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APENDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.